Dónde vivir

CAROLE ZALBERG

armænia

narrativa

DÓNDE VIVIR

CAROLE ZALBERG

Traducción de Antonio Roales

armenia

www.armaeniaeditorial.com

Título original: *Où vivre* (Editións Grasset, Paris, 2018)

Primera edición: Marzo 2019
Primera edición ebook: agosto 2021

Esta obra se benefició del apoyo de los Programas de Ayuda a la Publicación García Lorca del Institut français de España

Copyright © Carole Zalberg, 2018 © Editions Grasset et Fasquelle, 2018

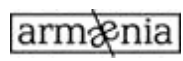
Copyright de la ilustración de cubierta © Carole Zalberg (D.R.)

Copyright de la traducción © Antonio Roales, 2019

Copyright de la edición en español © Armaenia Editorial, S.L., 2019, 2021
Armaenia Editorial, S.L.
www.armaeniaeditorial.com

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-18994-16-6



A mi familia de allí, con amor y gratitud

Contar tus huesos en silencio, con el cuerpo crucificado en una cama dura. Desgranar el rosario de lo que duele, de lo que está inmovilizado. ¡¿Todo?! ¿Cuántos dientes faltan en la mandíbula llena de clavos? La lengua, no, ahí está, el metal me la está desollando. ¿Tengo en la cara a punto de estallar —que tira y palpita— alguna herida? ¿Me falta algo? ¿Me han arrancado los dedos de los pies o de las manos? Nada obedece, ¿cómo voy a saberlo?

Al despertar, un poco antes, esa atroz impresión de estar emparedado, apenas vivo en la carne herida, sepultado profundamente y sin embargo justo detrás de los párpados abultados por la sangre o el pus, no sabes nada. Y a tu cerebro aún lento (que se arrastra, por así decir, como si se hubiera quedado en el asfalto, y que no logra reunirse contigo salvo a costa de un inmenso esfuerzo), sube un agua sucia, que se infiltra por todos sitios: insensato, frenético, ruidoso recuerdo del accidente, caos de imágenes y de movimientos que de pronto enloquecen tu corazón y los aparatos a los que te han conectado para tratar de mantenerte con vida. Al menos no te has quedado sordo, oyes los bip bip irregulares. Más adelante me lo contarás, durante tu primera estancia en nuestra casa, en París. Nos comunicamos en una lengua intermedia, el inglés, que nos priva a ambos de matices, pero a través de tu mirada, algunas crispaciones de tu cuerpo y tus expresiones, me llega todo tu calvario. Hasta tal punto, que tengo la impresión, tantos años después, de haber estado en esa habitación de hospital contigo. Porque no eres tú, Noam, mi primo de Israel, sino yo, Marie, la francesa tan alejada de todos vosotros en aquel entonces, quien percibe los pasos vivos y los comentarios. Se despierta. Id a avisar a su familia, están tomando un café, todos, los jóvenes y los viejos, en la sala de espera. Ahí están desde hace horas, los pobres. Pero eres tú quien los oye, entre los ¿Noam? ¿Noam? aterrados y ahogados de tu madre, aún no puede abrir los ojos por las contusiones, pero pueden hablarle, está consciente y sin duda muy, muy inquieto. ¿Verdad que sí, jovencito? ¿Verdad que está con nosotros? Venga, venga, tranquilo, no tire de las correas. Está usted en mil pedazos, ya lo sabe. Pero vamos a repararlo, aquí sabemos cómo, estamos acostumbrados, ¿eh?, con las bombas y todo eso. Me dirás que adivinas el guiño un tanto pesado para apoyar sus palabras, pero es por una buena causa, piensas entonces. Tratas de ser comprensivo. Por disparatado que parezca, te pones en el lugar del fanfarrón, tú que yaces en el intrincado laberinto de tus heridas.

Los reconoces, esa brutalidad jovial, ese pragmatismo asumido que dejaste al abandonar/huir de ese país, tu país, hace diez años. Bien sabe Dios lo que eso te irritaba, a ti, al cariñoso, a ti, a quien le chocaban las malas maneras, por insignificantes que fueran. No obstante, percibes en el humor torpe del médico tal voluntad de apaciguar el ambiente, de deshacer todos los nudos de angustia a la vez, el tuyo, los de tu madre y hermanos, y los de todos los presentes en esa habitación de hospital, que lo recibes con gratitud y con el sentimiento —valiosísimo en ese momento de absoluto desconcierto y oscuridad— de encontrar una vestimenta fea, pero familiar y cómoda. No estás aliviado, no sonríes interiormente, pero algo en ti, muy brevemente, se relaja.

Por supuesto, no dura. Tu madre sigue repitiendo ¿Noam? ¿Noam? y ya no es una llamada, sino una imprecación a las divinidades, a las que sin embargo abandonó en las ruinas de su infancia oculta. Qué más da, pronuncia tu nombre una y otra vez con la fuerza de una fe animal.

Otro nombre estalla de pronto en ti y descompone de nuevo los aparatos: el de tu reciente esposa, porque de golpe recuerdas su presencia a tu lado en el momento del accidente; pero en ninguna parte de esa película infernal que tu cerebro proyecta sin cesar, en la violencia del impacto, en el paisaje patas arriba, en aquel desorden de chatarra, hay rastro de tu princesa Lara.

¿Lara? ¿Lara? Quieres llamarla. La jaula de hierro que ahora es tu boca no deja pasar, claro está, nada más que un estertor ronco y desgarrador. En la habitación, en todo caso, están contentos de esa señal y todos se inclinan hacia tu cama, te tocan, te cogen de las manos, te hablan riendo y llorando. ¿Lara?, insistes, ¿qué le ha pasado a Lara? El caparazón que forma tu familia, loca de alegría, no basta para protegerte de ese trozo de metal hundido en tus entrañas. ¿Será posible que Lara, esa bella Lara tuya, a la que ves reír, luminosa y sutil con su vestido de novia, esté muerta? Y si está viva, ¿en qué estado se hallará? También querrías contar sus huesos, palpar sus miembros uno a uno, acariciar su piel de seda tibia. Pero ¿cómo saber si no está tumbada en un sótano con el lote diario de cadáveres que esos lugares producen o reciben?

Lara está en la habitación de al lado, está bien, no te preocupes, tiene el bazo aplastado, pero mira, la han operado y parece que no hay problema, los médicos dicen que tu amada es dura de pelar, que pronto se recuperará. La idea genial de tranquilizarte se le acaba de ocurrir a Dov. Lo disimula con cuidado bajo esos aires de fortachón un tanto rudo, muy al estilo local, pero siempre ha compartido contigo esa extrema sensibilidad. No te resulta extraño que el bálsamo de esas palabras venga de él antes que de vuestro hermano mayor o incluso de

tu madre, demasiado atenazada por la inquietud que siente por ti como para construir el menor pensamiento. Sientes sus lágrimas recorrer tu mano, que besa y aprieta y vuelve a besar, repitiendo una sucesión incoherente de palabras de amor y desolación, una queja, un cántico agradecido para saludar el regreso al mundo de su hijo.

Te apostarías tu ropa de hospital y hasta la de tu boda a que se siente culpable. Porque ella siempre encuentra el modo de sentirse culpable y también porque la catástrofe ocurrió cuando os marchabais del kibutz. La habíais dejado un poco triste por la idea de que no iba a verte durante mucho tiempo. Mientras os hacía un último gesto con la mano —un gesto impregnado de melancolía y tal vez de reproches, habías pensado—, la habías observado de verdad por primera vez desde tu regreso y te había parecido cansada. Estaba más frágil de lo que la recordabas, más encorvada. Pero ¿no sería simplemente el contraste entre su silueta y la majestuosidad del Golán a sus espaldas lo que daba esa impresión de fragilidad? Te acuerdas de que estábais hablando precisamente de ella y de la alegría que le supondría vuestro establecimiento definitivo —porque sí, esa estancia os había despertado las ganas—, estabais barajando todos los escenarios posibles en el coche, dónde y de qué vivir, cerca de tu madre o de tu hermano, a buena distancia de ambos, en el momento en que aquel cretino había adelantado al camión que venía de frente.

Tu madre os había dado los consejos habituales. La gente conduce como loca en este país, sed muy prudentes, hijos míos. Como si a fuerza de inquietud, hubiera acabado por traeros el gafe o, al menos, por colocar al universo en sintonía con su pesimismo ancestral. Y llamadme cuando lleguéis a Tel Aviv. No os olvidéis. Aunque sea tarde. De todos modos, hasta que no sepa de vosotros no voy a dormir. Habías pensado que sin duda respirabas mejor lejos de su inquietud.

Seguro que había estado preocupadísima mientras esperaba esa llamada que no llegaba. Te la imaginas telefoneando diez veces a Dov —Elie volvió de Estados Unidos nada más que para el tiempo que duraba tu visita y a él ya no tiene el reflejo de llamarlo a todas horas como sí hace con tu hermano que se quedó aquí— y comprobando mil veces más si el teléfono está bien colgado. Entre dos ataques de un dolor tan agudo como difuso, durante la calma casi eufórica que regala la morfina, logras poner algo de orden en el torbellino de tus pensamientos y fragmentos de recuerdos. Te preguntas a quién avisaron en primer lugar y desde cuándo estás aquí. La angustia, una vez más, te embarga con la idea de que hayan transcurrido meses, años, siglos, y que tu vida reinventada en otro lugar con tanto ardor se haya convertido en un montoncito fosilizado que tus parientes han terminado por evocar sin rebeldía, con más nostalgia que pena.

Te han mantenido en coma durante veinticuatro horas después de

la operación. Dov, de nuevo, que, piensas, parece leerte el pensamiento. Para que tuvieses tiempo de recuperarte y evitar que sufrieras demasiado. Emites un sonido que, esperas, entienda como que lo has oído y comprendido, que le agradeces esas aclaraciones. En el barullo de voces, aún no has distinguido la de Elie. Y sin embargo, ahí está. Lo sabes. Cuando están juntos tus hermanos y tu madre, sobre todo desde que murió tu padre, el aire se carga de electricidad. Jamás has visto a nadie que se quiera y se pelee tanto. Sientes esa electricidad en la habitación, pero vuestro hermano mayor debe de haber enmudecido o temer no estar a la altura de las circunstancias, porque no ha abierto la boca desde que entraron. Está conmocionado, piensas. Eres el pequeño, a fin de cuentas. Y aunque hayas llevado tu nombre a otro lugar, como ordenaba el poeta[1], desde hace mucho tiempo, aunque hayas aprendido el oficio que en parte ya te había enseñado vuestro padre, y cómo vivir lejos de aquí, es decir, teniendo en cuenta códigos, formas de ser que a ti, pequeño kibutznik, te resultaban completamente ajenos, aunque tengas unos suegros amables y adinerados que probablemente tengan ganas de matarte ahora mismo —le has hecho daño a quien era su princesa antes de ser la tuya, su pequeño tesoro—, sigues siendo a ojos de tu gente ese chiquillo soñador y vulnerable por el que todo el mundo aquí siempre se ha preocupado. Elie, el primero, porque en cierto modo sustituyó a vuestro padre, poco presente para verte crecer, y al que después se llevó la enfermedad en un abrir y cerrar de ojos, a él, que parecía invencible. ¿Cómo se reacciona cuando a un casi hijo lo sacan hecho jirones de un amasijo de chatarra arrugada? Con los pies en la tierra. Con estupefacción. Callado. Y si ese casi hijo regresa al mundo de los vivos, se da gracias a no se sabe quién y uno vuelve a callarse un poco.

Sin embargo, necesitarías oír la voz cálida de Elie. Es la trama de tu infancia y volver a escucharla sería tan suave como acurrucarse bajo una manta aromática y mullida. Para que se manifieste por fin, piensas en hacer una broma, como es habitual entre vosotros, incluso, y sobre todo, cuando la situación es grave. Quizá sea así, en esencia, como se manifiesta vuestra herencia judía, bajo esa forma de pudor y de resiliencia que los perseguidos, los amenazados, los supervivientes tienen de reírse de uno mismo. Vuestro padre os lo inoculó con obstinación y una buena dosis de locura. Buscas algo que decir a modo de ofrenda, una fórmula contundente sobre tu talento como piloto de carreras, o sobre tu fabulosa capacidad para encontrar la forma de holgazanear en una cómoda cama alrededor de la cual se afana tanta gente. Piensas frases, pero tu boca seca, magullada y aprisionada por un yugo metálico se niega a obedecer, no pronuncia ni una palabra, ni siquiera un balbuceo, con el que sabrías conformarte. En vez de eso,

permaneces en una impotencia pastosa, envuelta en las palabras y en los sonidos que llenan la habitación, y aprovechas los ratos de embriaguez indolora para descansar. En esa oscilación el tiempo se nota más.

Luego, logras, a costa de un inmenso esfuerzo, entreabrir los ojos.

Me has descrito la escena con precisión. La veo como tú la ves, por una tronera horizontal: tu madre, mi tía, con pinta de aturdida, sentada, o más bien derrumbada, junto a tu cama, con un clínex húmedo en una mano y con la otra apretando la tuya. Detrás de ella, al fondo de la habitación, Elie, mudo, inmóvil y concentrado como un monje. Es el primero en darse cuenta de que estás mirándolos a través de los párpados hinchados. Al otro lado de la cama, Dov, de pie pero lo más cerca posible de ti, un tanto inclinado, como si estuviera a punto de verter de nuevo en tu oído la información que estás esperando. Y a su lado, Adriel, su bella sonrisa y sus ojos burlones.

Sin personal médico a la vista. Tu hazaña no tardará en traerlos a la habitación no bañada, como tú te esperabas, con una luz cruda de hospital, sino con un sol poniente, rosado y suave. Contemplas el cuadro de un maestro en vez de una escena agresiva. Se te hincha el corazón de tanta belleza. Te viene a la memoria entonces otra composición sublime cuya armonía recrearás sin descanso en el diseño de los jardines nacidos de tu imaginación, que más tarde tratarás de pintar con formas geométricas y coloreadas: tendrías cuatro o cinco años. Vuestro padre os ha llevado al pueblo árabe de al lado. No es la primera vez. Allí pasa mucho tiempo. Te has dado cuenta de que está más sonriente, más tranquilo, cuando comparte un té con el viejo Yusef, en el frescor de su minúscula casa. Ese día, los rojos y los ocres del ocaso bañan a los dos hombres apacibles, que se callan juntos con evidente complicidad, bañan a tus hermanos, ocupados en jugar a la pelota con algunos niños del pueblo, bañan a los burros, que aguardan, tranquilos, entre dos faenas. Por primera vez en tu jovencísima vida, la belleza del mundo te emociona.

Con Mayid, un habitante de ese mismo pueblo, antes apenas una aldea y hoy casi una ciudad que domina el kibutz, Elie hará una película en los inicios de su carrera. Me lo cuenta tomando un té, en un café árabe, cuando por fin volví a poner el pie en Israel después de treinta años de ausencia. Justo antes, me explicó cómo aprendió en el ejército a distinguir las diferentes etnias que pueblan su país y los estados fronterizos. Una habilidad imprescindible, me dijo, para identificar aliados y probables enemigos. Me hizo una demostración con cada una de las mesas cercanas, y me quedé impresionada, aunque una vocecita interior me dijera que, al fin y al cabo, podría tratarse de una fanfarronada para dejarme boquiabierta o, incluso, para burlarse un poco de mi ignorancia, de mi credulidad. No tengo

modo de saberlo. Escogí creerlo y aplaudir sin reservas su perspicacia.

Esa película, en la que toman distancia de sus respectivos lugares, se la reprocharán tanto al uno como al otro, y esas reacciones hostiles acabarán con su amistad.

Se conocieron cuando el joven beduino servía en el ejército israelí, mientras que Elie era oficial. Más adelante, Elie, con su trabajo ya obsesionado por la guerra, quiso que Mayid fuera testigo principal en un documental sobre la utilización de rastreadores árabes en el ejército israelí. Mayid le vendió otro argumento: su amor prohibido con una chica del pueblo a la que tenía intención de secuestrar. Según la tradición beduina, en caso de un secuestro exitoso, la familia debía aceptar el matrimonio. El plan fracasó, pero la película tuvo una estupenda acogida.

Ni hablar ya, en la tensa realidad de las últimas décadas, de simplemente confraternizar como lo hacían vuestro padre y Yusef, ni hablar ya, salvo en contadas ocasiones, de olvidarse de las tensiones, ni siquiera para compartir un té o alguna reflexión sobre la tierra avara, a la que hay que cortejar mucho antes de que dé poco, y de lo radical del clima. O es entonces tomar partido, con el riesgo que conlleva. Se hace a sabiendas, en el marco de una actividad profesional, de una acción militante, de una obra comprometida o de redes claramente identificadas.

Sin embargo, cuando regresas a Israel, en 1994, para ese viaje de bodas y de reencuentros, la paz nunca ha parecido tan cercana. Por eso vuelves en compañía de tu joven esposa. Sientes que puedes asumir ese país que está en mutación, que tal vez pronto ya no enviará sistemáticamente a su juventud al frente. Tu propia deserción perdería al mismo tiempo su poder de culpabilización. Hace un cuarto de siglo llevas a tu pareja a un lugar que podrías volver a considerar como tuyo. Pero nada sucede como estaba previsto.

*

El accidente me había estremecido. Hasta entonces había seguido de lejos y, para ser sincera, sin sentir que tuviera algo que ver conmigo, la difícil trayectoria del menor de mis primos israelíes. En una época, cuando yo misma estaba en el umbral de la adolescencia y, por tanto, sumida en mis propios vuelcos y transformaciones, su malestar de hijo pequeño ultrasensible, regordete y torpe, mientras que sus hermanos brillaban en todas las disciplinas deportivas, se había colado en algunas conversaciones de por la noche, en casa, en París, durante la cena. Luego supimos que había adelgazado mucho, crecido, adquirido un encanto algo melancólico, como demostraban las fotos que mi tía Léna nos enviaba para ilustrar sus largas y

frecuentes cartas, a las que sospecho que mi madre solo respondió de vez en cuando. Yo misma me lo había cruzado brevemente cuando pasaba una temporada en el kibutz, en el verano del 83, y había podido comprobar su espectacular cambio. Me había alegrado por él.

Más adelante habían llegado sus sinsabores con el ejército, su dolorosa partida, su matrimonio de cuento de hadas en los Estados Unidos, y todo ello en lo que me había parecido una sucesión de acontecimientos bastante rápida. Pensábamos que había hecho bien expatriándose de ese país que para mí seguía siendo el lugar de nuestras vacaciones de verano, vacaciones apenas placenteras por lo mucho que me pesaba la imposibilidad de comunicarme con mis primos y el resto de niños del kibutz, que solo hablaban hebreo o inglés. Recuerdo el sentimiento de molestia y extrañeza permanente, como el de una prenda mal entallada de un tejido demasiado recio, pero que hay que ponerse sin más remedio. Así que uno adopta un perfil bajo, busca la invisibilidad. Y se queda pegado a las faldas de sus padres.

Era eso o los pocos días que pasábamos en casa de nuestros abuelos, en Tel Aviv, muertos de calor y de aburrimiento en esa ciudad que me parecía feísima, en la que no veía más que una modernidad un tanto leprosa, con edificios desfigurados por los depósitos de agua en los tejados, y las tiendas vetustas, con su sistema de aire acondicionado en la fachada que se asemejaba a viejos frigoríficos. Por la noche, no me gustaba estar en aquella angosta casa, en la cama, entre las sábanas que daban un calor insoportable, inmersa en los fragmentos de la lengua incomprensible que se escapaban por las ventanas abiertas en la noche húmeda.

Mi visión había cambiado un poco cuando había vuelto sola, con dieciocho años, al kibutz y a la ciudad en dos o tres ocasiones, pero seguía sin ser un lugar en el que me sintiera cómoda. Me chocaban demasiadas cosas, empezando por la brusquedad de los israelíes y la omnipresencia de los uniformes y las armas.

Así que me alegraba mucho por Noam. No solo había escapado, sino que parecía haber bajado la luna con ese matrimonio —una vez más ampliamente documentado con magníficas fotos—. Yo no comprendía ninguna de las implicaciones de su exilio, ni imaginaba los tormentos por los que había pasado.

Cuando me enteré de su espantoso accidente, recuerdo que pensé que era exagerado en cierta medida, demasiado irónico, demasiado novelesco. Noam y su joven y bella esposa rebosaban felicidad, él volvía al país tras diez años de ausencia, el triunfo de su matrimonio y su éxito casi borraban su culpabilidad, su antigua vergüenza (yo había crecido y poco a poco adquirido conciencia de lo que había supuesto su deserción), y de pronto se encontraba roto y fracasado en la cama

de un hospital, en el mismo lugar del que había huido. Era como estar en El mundo según Garp, en esa famosa escena de la palanca de cambios que ha traumatizado a más de uno. Eso es lo que pensé entonces. De ahí en adelante, Noam me fue pareciendo poco a poco un héroe arruinado, un mártir. En mi alma, estaba indisolublemente asociado al Accidente. Desde ese momento, cuando hablábamos de él era para recordar sus heridas, las operaciones sufridas, sus avances y lo que, así parecía entonces, tendría vetado para siempre: un trabajo físico, él que se había convertido en su país de adopción en un reputado paisajista.

El cuerpo destrozado de Noam y lo que vino después regresaban a mi mente con frecuencia. Desconozco lo que me empujaba a ello, pero me imaginaba en ese coche con él —como se juega a sentir, a asustarse a uno mismo— y las imágenes, las emociones, las consecuencias iban llegando en tropel. A través de él, me encontraba atrapada en una bola de nieve en la que estaban mi familia de aquí y de allí, y toda nuestra complicada historia. Todos tenían cosas que decir, que yo oía más o menos, pero que no siempre entendía. Ocurría allí, o más bien yo estaba allí, con ellos, en ese torbellino.

Tal vez por eso pasaron treinta años antes de que yo volviera a Israel: para discernir la verdad frágil y compleja de esas vidas había que evitar el ruido de la realidad y de su actualidad permanentemente atormentada.

Había que escuchar las voces de todos ellos.

A veces lejanas, fantasmales, a veces vivas y exigentes, ya nunca me abandonaron.

EL INVENTO

LÉNA, 1949

Me gusta y no me gusta la transformación que en mí se está produciendo.

Me gusta no plantearme más la cuestión de qué camino tomar —uno toma el del trabajo duro, sea cual sea—, ni la de la ropa apropiada —un día tras otro, pantalón corto o pantalón entallado de tejido resistente y fácil de lavar, de vez en cuando vestidos rústicos, sin elegancia real—. Me gusta ser la parte eficaz y moldeada de un todo, la pequeña porción de energía al servicio de un gran proyecto. Me gusta que mi cuerpo se entregue únicamente a la voluntad de actuar para lograr nuestro apogeo. Descansa así mi espíritu después de todos esos años removiendo miedos y pérdidas. Soy gestos y movimientos. Soy impregnación pura.

Venimos de países exhaustos en los que nuestra juventud debía escapar de las ruinas a diario. Los fantasmas nos acompañaban a todos sitios, se nos aferraban a los tobillos, eran una carga, ni siquiera nos dejaban soñar. Sin mencionar a los vivos muertos, que nos rodeaban por todas partes, vivos pero muertos allí, sin saber ni revivir de verdad ni desaparecer, callándose o hablando demasiado, y solo de eso, de ese allí donde una parte de ellos mismos seguía estando aterrorizada, tenía miedo y frío y dolor, para siempre. Algunos de nosotros se libran. De allí. La mayoría, sin embargo, enviados pronto al extranjero, ocultos el tiempo necesario, obligados durante la guerra a llevar otro nombre, nos hemos zafado de lo peor e intentaremos que no pueda atraparnos. Me gusta sentirme movida por esta evidencia: aquí seremos indestructibles, porque será nuestro aquí —¡por fin!—, nuestro invento, y habremos estado preparados.

Hablamos diez lenguas diferentes, pero aquí solo nos permitimos el hebreo resucitado y el pragmático inglés. Así se expresa nuestra unidad. Cuando, a nuestro pesar, bromeamos en yidis, se inmiscuye de pronto la nostalgia, y ya conocemos el peligro. Hemos leído libros, estudiado, imaginado, en el pasado, convertirnos en violinistas, médicos o joyeros. Aquí aprendemos la tierra ingrata, la obra polvorienta, la educación revolucionaria de nuestros primeros recién nacidos, nosotros que en gran parte éramos aún criaturas conminadas

a envejecer al llegar aquí, a abandonar definitivamente nuestra piel de niños. Sabíamos, al venir, a lo que renunciábamos: a todo lo que no sirve a la comunidad. Y somos bellos y orgullosos, nosotros que, juntos, hemos roto con una especie de maldición: no desapareceremos. No esperaremos a la próxima masacre. Ahora nos negamos a que nos señalen. Somos bellos trabajando, bellos en los campos, bellos con los pies metidos en el estanque de peces, bellos en los hornos, en la guardería, bellos por la noche cuando cantamos. Nos arrogamos el derecho de ser identificables y resplandecientes.

No me gusta recordar mis manos finas y cuidadas en el piano de la abuela. No me gusta no permitirme decir que echo de menos las novelas, la pintura, cierto refinamiento. Y también la ligereza. Tampoco estoy segura de que me guste ser esa chica fuerte y entregada a la causa. Quiero a Yaacov y él me quiere o me ha querido un segundo, pero también a tantas otras antes y después de mí. Lo quiero y no lo quiero. En mi próxima carta, les anunciaré a mis padres nuestra boda al mismo tiempo que las de una decena de otras jóvenes parejas del kibutz, y nuestro divorcio hoy, solo dos meses después de aquella emocionante ceremonia. Se sentirán hundidos y avergonzados, me reprocharán tanto el silencio como el fracaso. En su espíritu repleto de convenciones, hay que reflexionar largamente antes de comprometerse y, a continuación, controlarse, so pena de pasarlo muy mal. Ya he visto el resultado que han producido en ellos estos grandes principios. Muchas gracias, pero aquí, al menos, no se juzgan esos errores.

No obstante, incluso a distancia, incluso imaginada, su vergüenza es contagiosa. No me gusta ser esa niñita que decepciona.

Y tú, Anna, hermana mía, mi pequeña Poulou[2], ¿qué pensarás de los líos sentimentales de tu hermana mayor? Probablemente te parezcan triviales e incomprensibles en comparación con nuestra misión. Pese a todo, asumirás mi defensa ante la familia, estoy convencida. Eres mi cómplice leal y testaruda. Sé que te subes por las paredes por no haber podido unirte aún a nosotras, la prima Sarah y yo. Tus cartas se mueven entre las ganas y la admiración, destilan tanta ternura como sarcasmo. Muestras tu inquietud en cuanto hablan de la menor escaramuza dentro de nuestras fronteras y en la misma frase te burlas de mi nueva pinta de campesina y me cuentas lo preocupada que está mamá por el estado de mi pelo (con el sol y la falta de cuidados, de cepillado, tiene toda la razón en preocuparse). Leo en esa inestabilidad de tu pluma vehemente de adolescente la amplitud de tu frustración. No solo no estás aquí con nosotros, aplicando los principios que dentro del Movimiento contribuyes a defender y a propagar, sino que al haberte convertido, por así decir, en hija única, debes sufrir la doble ansiedad de nuestros padres tan

desasosegados, tan dispuestos a asustarse, a ceder a una angustia que los consume, que los paraliza. Cuando encuentro el momento de responder a tus misivas efervescentes, nunca sé, hermana mía, si debo animarte a que te armes de paciencia, a finalizar tus estudios de enfermería y a venir entonces a ponerte al servicio de nuestro jovencísimo y aún frágil Estado, o si mi deber es, por el contrario, disuadirte. Me gusta la idea de que compartamos una única y misma vida: tú en Francia, sin parar de devorar libros, embelleciendo, convirtiéndote en «alguien» —tienes tanto talento—, y yo cumpliendo por ambas ese destino pionero cuya idea nos ha mantenido en pie al terminar la guerra. Así, secretamente, no renunciaríamos a nada por completo.

Pero la decisión te pertenece y sé hasta qué punto amas este proyecto. Lo hemos hablado juntas tantas veces… De ahí obteníamos nuestro oxígeno, de la atmósfera opresiva que reinaba en casa a pesar de la paz y la seguridad recuperadas. Estábamos enamoradas de los pioneros, los que llegaron durante la guerra o antes. Eran nuestros héroes desconocidos, los campeones de un porvenir alejado de los osarios. En nuestras fantasmagorías, todos adquirieron el bello rostro de nuestro primo Adriel cuando, el primero de todos nosotros por supuesto, que había sido miembro de la resistencia con quince años, que mientras nosotros, nuestros padres y nosotros, estábamos diseminados, ocultos cada uno en un lugar diferente, había sido nuestro vínculo y la encarnación de la ternura aún posible, se embarcó hacia Palestina y nos mostró el camino.

Creo que cargar con el peso de este sueño común me ha impedido renunciar. Incluso cuando, en Marsella, en el campamento donde el Movimiento nos formaba al principio para recibir a los candidatos clandestinos, nos preparaba para las dificultades del viaje y para la posibilidad de que fracasara —podían expulsarnos un segundo antes de desembarcar, o en cualquier momento de la travesía—, me costaba disimular el sentimiento de no estar a la altura de lo que íbamos a tener que soportar. Incluso cuando el hambre, en ese campamento que se mantenía gracias a una economía rigurosa, es decir, al racionamiento, y más tarde en el barco, me atormentaba, a mí, a quien las carencias de la guerra le horadaron un agujero definitivo en el vientre. Incluso cuando añoraba hasta las lágrimas la suavidad anodina y, cierto es, mortífera del hogar.

Yo aguantaba por nosotras dos, mi pequeña Anna: no iba a flaquear. Iría, en nombre de los míos, en nombre de mi hermana aún demasiado joven, a engrosar las filas de los constructores de un nuevo mundo.

Los que llegaron aquí son para nosotros príncipes porque, en realidad, aparte de un loco deseo de estar en su casa y la convicción

de que esa lo era —estaban pisando su suelo— no les esperaban más que adversidades. Muy al principio, cuando el kibutz no era tal, pues consistía en tres tiendas plantadas sobre pedruscos, vivieron como la población árabe, con ella, a menudo, y su conocimiento del terreno nos resulta muy valioso. Son nuestros líderes naturales. Nada tienen que reivindicar: de sus gestos, de sus voces cascadas por el tabaco y la aridez emana una incontestable autoridad.

Uno de esos viejos, un coloso taciturno, me fascina.

Llegó de Austria en el 45, después de un periplo cuyos detalles nadie conoce. Solo se sabe —y esta historia se mezcla con todas las que unos y otros cuentan algunas noches de melancolía o de desánimo, cuando se hace firme la necesidad de rememorar lo que nos ha traído hasta aquí— que a él y a su hermano mayor los había detenido y luego soltado un oficial que, al interrogarlos, se había acordado de haber probado, durante un control en su domicilio, los maravillosos pasteles de su madre. Había comenzado para ellos una huida interminable y terrorífica. A los padres, mientras tanto, los habían detenido, deportado y acabaron, al igual que el resto de la familia, convertidos en montoncitos de ceniza. El hermano mayor, tal vez harto de las adversidades, decidió instalarse en Estados Unidos. Participa a su modo de nuestra aventura: nos ayuda económicamente. Él y el hombre al que admiro también parecen compartir los papeles de una vida para dos.

Con él, entre otros, con ese barbudo poco locuaz, hirsuto, con inclinación por las tareas más físicas, más duras, pero capaz asimismo de la delicadeza que exige el advenimiento de las flores en pleno desierto —porque antes de nada hay que desearlas, que soñarlas— se entrevistan todos los políticos, escritores y periodistas de visita. Y no son pocos: nuestro kibutz es ejemplar. Es a él a quien fotografían junto a los peces gordos. Ayer mismo apareció de nuevo en un artículo que me apresuré a recortar. También es, con el querido Adriel, una de las personalidades más influyentes de nuestro consejo. No es, sin embargo, más elocuente que cualquier otro y no se preocupa de la diplomacia. Si la ira lo atrapa durante nuestros interminables debates, la deja manifestarse y entonces la tempestad se abate sobre la asamblea. Se supone que los impulsivos de su especie son necesarios, no solo los pausados, los negociadores tranquilos y pacientes, como nuestro primo. Y además siempre sabe lo que ocurre en los lugares más recónditos del país o de los que están a nuestro alrededor y nos amenazan. Lee los periódicos como si fueran libros, de la primera a la última frase.

Y es uno de los pocos que conoce la tierra inhóspita. Tiene mil ideas para amansarla.

¡Oh, Anna, sus rasgos de profeta! ¡Qué poder y seducción hay en su

mirada, donde juntos bailan la tristeza, el fuego y la alegría!

Se llama Joachim.

JOACHIM, 1954-55

¡Tengo un hijo y luego otro! En menos de un año soy padre de dos niños. Doy gracias a nuestra organización colectiva: apenas podría criarlos. Tengo demasiados demonios en la cabeza para que de ella salgan consejos sabios, bellas lecciones de luz y de fe en el porvenir. Lo haré de otro modo. Ya iré viendo. Mientras tanto, puedo, e incluso me gusta, cogerlos en mis brazos. Son como animalitos, como arbustos diáfanos. Siento la savia, su vitalidad bajo la piel fina y la carne tierna. Doy vueltas y revueltas en la guardería cantándoles al uno y al otro viejas nanas que escaparon de la devastación —no doy crédito a que estas canciones no hayan abandonado mi memoria atormentada, no se hayan hundido en el fondo del abismo por el que paseo, fiel compañero— y cuando los coloco a cada uno en su camita, entre las decenas que hay alineadas en la vasta y clara habitación, casi tengo confianza: quizá logremos fabricar la paz.

Con la tierra, los árboles, el cielo, que transmiten tanta sabiduría, debería poder prescindir de las palabras. Estoy esperando a que puedan mantenerse en pie con algo de firmeza para llevarme a Elie y a Dov conmigo a todas partes. Conducirán el tractor, primero en mis rodillas y luego solos, desde allí arriba verán la vida. También meterán los pies en el barro de nuestros campos en el momento de la labranza. Conocerán el bello silencio de las salidas al alba, que es el único modo de evitar el calor. Reproducirán nuestros gestos con el ritmo repetitivo y tranquilizador de la recolección y saborearán, algunas horas después, la pausa para el refrigerio, que comeremos juntos a la sombra antes de retomar el trabajo hasta el mediodía y de volver para devorar en la feliz algarabía del comedor una comida copiosa. Mirarán cómo va desarrollándose todo lo que aquí hacemos crecer y ¿qué mejor que contemplar la magnificencia de las flores y morder los frutos jugosos para enamorarse del mundo? A mi lado aprenderán a mantener el estanque de piscicultura, a capturar los peces, a alimentar y cuidar nuestros animales, a hacer todo lo que yo hago. Solo tendrán que imitarme. También me haré con un gran perro para nosotros. Con todo ello, no necesitaremos ni hablar.

Y para lo demás, está Léna, mi palomita francesa. He visto cómo se

transformaba desde su llegada. Se esfuerza muchísimo para acomodarse a nuestros modos de cosacos, a la exigencia de compartir y a la ausencia de lo superfluo. No es lo que parece, mi valiente y orgullosa mujer. Pero nuestra voluntad de priorizar la eficacia, la robustez antes que la sutileza y la estética, le corta la respiración por momentos, me doy cuenta perfectamente. A veces la sorprendo inmóvil, con la mirada perdida, y creo que convive, como todos nosotros, con fantasmas. Los suyos no parecen asustarla. Su tristeza es suave, así lo percibo. Es el recuerdo de una infancia protegida. No es el dolor rojo que me ciega y a veces me hace escupir fuego en vez de palabras sensatas. Léna conversa también en pensamientos con su familia que se quedó en Francia, con su hermana pequeña sobre todo. Es un alambre sobre el que se mantiene en equilibrio. Pero no hay más remedio que volver a la dura realidad de nuestra comunidad. Entonces fija su mirada en la mía y busca la fuerza donde cree poder encontrarla. Hago lo que sé hacer para embellecer los días de mi paloma. Le fabrico un bello jardín de rosas y de especies que lograré implantar aquí. A ello dedico todo mi tiempo libre. El transistor de pilas, regalo del americano, que siempre está cerca de mí cuando recorto y siembro y riego y me maravillo, difunde a mis amados Mozart, Bach, Beethoven y Schubert. Es bueno para las plantas —les recuerda a los pájaros— y para mi salud mental. Solo la música, la grande, puede con los demonios.

Le guardo rencor al americano. Nos hace falta aquí. ¿Qué habrá ido a hacer a ese país que, una vez más en la historia balbuciente de nuestro pueblo, no es nuestro país, por muy acogedor que sea? Está contento con su gran casa, su gran lavadora, su gran coche, sus, sus, sus, sus grandes bienes, que enumera en sus largas cartas que, eso sí, nada que objetar, son orgullosas y tiernas. Venid cuando queráis, queridos míos, dice. Os quedaréis fascinados. Pero la tierra que pisa —y que no trabaja, tiene un jardinero para eso— no es la suya. ¿Cómo puede vivir con la posibilidad de que lo expulsen, a él, que junto a mí, con su mano y sus palabras atadas a las mías todo el tiempo que duró la larga huida, fue desechado de nuestro antiguo mundo como si no fuera nada, como un hueso incomestible, la mala hierba, una fruta podrida? Escribe que se siente en su casa, que ya no puede ni imaginarse estar solo rodeado de judíos. Eso es un gueto, dice, es un campo de concentración. Pero esa no es la cuestión. Me importa un comino que mis vecinos de aquí sean judíos. Además, ¿quién sigue rezando a nuestro alrededor? ¿Quién no le ha retirado su confianza al que no se nombra? La cuestión es ser dueño de su propio destino. Si estoy en mi casa, si invento cultivando, construyendo, comerciando, el país que no existía y así se convierte en el mío, nadie, nunca, vendrá una mañana a detenerme, nadie nos llevará, con nuestros padres

temblando de impotencia y de rabia, a la comisaría desde la que nos enviarán a Dios sabe dónde. Pero entonces ningún policía meticuloso podrá salvarnos al americano y a mí porque en un primer control de identidad, en nuestra casa, mi madre, esa que no tardará en morir, le haya servido té y un delicioso pastel del que aquel se acordará en la comisaría, haciéndosele la boca agua, y que lo empujará, con el vientre agradecido y la obediencia de pronto relajada, a liberarnos. Nadie decidirá perdonarnos, a nosotros, niños sin recursos ni conocimiento del mundo, en el que, sin embargo, tendremos desde ahora y durante años que aprender la partitura herida de la supervivencia. Nadie hará de nosotros, en un mismo gesto magnánimo, seres milagrosamente salvados y huérfanos desvalidos.

¡Que vengan aquí a buscarme! Al menos no tendré nunca que desconfiar de los que construyen este Estado, nuestro Estado, conmigo, con sus propias manos, con valor y con reflexión. Quien viniera sería enemigo declarado, identificado, tal vez poderoso, tal vez lleno de saña y determinación, alguien que se sentiría legítimo, y probablemente lo fuera, en su corazón guerrero, pero estamos preparados para eso, sabemos el precio que hay que pagar para estar en nuestra casa. Lucharemos. Nunca más carnicerías, ni pretendida pasividad. Tú, hermano mío, en tu América aún debes confiar a otros tu supervivencia, y bien sabes adónde puede conducir eso. No has podido olvidar nuestro desconcierto por el hecho de que quienes debían protegernos nos separaran en un segundo de Padre y Madre —para siempre, pero entonces lo ignorábamos—, nosotros que nos imaginábamos ciudadanos. A decir verdad, nosotros, los niños, no imaginábamos nada. Antes de la llegada de la gran pesadilla, éramos demasiado jóvenes para imaginar cualquier otra cosa que no fuera un decorado para nuestros juegos. Después, sentimos bien el miedo que iba escalando, la inquietud impregnada de vergüenza —eso es lo peor: la vergüenza; recordarla me vuelve loco— que metamorfoseaba a nuestros padres, antes rectos y dignos, y hasta imponentes. Gente honrada y meritoria, mezclados con la masa decente, que se creía a miles de leguas de las viejas persecuciones. Sin embargo, el horror se presentó en su existencia rigurosamente ordenada. Siempre le sacaba una cabeza de ventaja a su capacidad de absorción, ahora lo entiendo, y les perdono que no hubieran sabido prepararnos. Tú, hermano mío, no tienes nada más que echar mano de nuestra angustia, de los mil y un horrores y sufrimientos que hemos compartido, del recuerdo aún vivo, no tengo duda, de la esperanza que hace avanzar y de los reveses que dan ganas de dejar que todo se apague dentro de uno mismo, no tienes nada más que echar mano de nuestra memoria poblada de espectros para no querer que nadie decida de nuevo convertirnos en ratas, a todos nosotros. Porque no lo escogimos, pero somos ese

pueblo que carga con el fardo de su elección. Tú eres de ese pueblo, ni más ni menos que yo, y deberías estar a nuestro lado.

SABA (Y SABTA), 1960

Allí estaba, en su kibutz, convirtiéndose en campesina, haciéndonos dos niños, uno tras otro, y no estábamos con ella. Cuando había vuelto para dos o tres semanas, en el 49 o en el 50, ¿tú te acuerdas de cuándo exactamente? Yo no, se me mezcla todo un poco, envuelta en llantos, silencios y enfados, después de su matrimonio a escondidas —qué vergüenza, en el barrio no se habló más que de eso y del divorcio… ¡del divorcio!, unos meses más tarde—, todo el mundo nos compadecía y probablemente, por detrás, se burlaban a cada cual más. Estaba bien eso de tener una hija valiente que se había ido a construir nuestra patria a una tierra sofocante y llena de pedruscos, estábamos bastante orgullosos —y preocupados, preocupadísimos, aunque eso nos lo callábamos—, pero esa gran lección de humildad nos la merecíamos. La pionera se había casado sin decírnoslo, sin invitarnos, y hoy pagábamos la factura; eso es lo que pensaban nuestros indulgentes allegados, que no estaban faltos de cotilleos ni de envidias, en eso que llaman nuestra comunidad. Y habríamos apostado, es cierto, que nuestra hija mayor, afectada, vencida, no volvería a irse, que se buscaría un buen marido y ya no se hable más.

Lo que no sabíamos entonces —salvo quizá su hermana, que tan bien la conoce y con quien se sincera más fácilmente que con nosotros — es que Léna, en el fondo, solo lloraba por humillación. Su corazón, menos arisco de lo que habríamos podido creer, viéndola arrastrarse durante todo el tiempo que duró su regreso de habitación en habitación, sorbiendo y suspirando, con los ojos hinchados y un pañuelo empapado apretado en el puño, su corazón afligido ya estaba entusiasmado por otro, ese Joachim suyo, que trabaja mucho y habla poco, y que nos ha dado desde entonces dos magníficos niños, bendito sea ese hombre.

En realidad, había venido a soltar la vaga tristeza y la vergüenza humillante para dejar todo el sitio al otro, al nuevo elegido, a quien ella ya amaba en secreto. Y también nosotros íbamos a amarlo, a ese coloso aparentemente poderoso al que la guerra, por dentro, devastó tanto como a nosotros. Lo amamos, pero es como un volcán junto a Léna, eso lo vemos claramente. En el cráter, hay terrores infantiles,

pesadillas y duelos, que a la fuerza amenazan con despertarse en cualquier momento.

Así que bueno, todo esto pasaba: que nuestra hija mayor había vuelto a irse, transformada, fuerte, resistente y realizada —eso nos parecía— junto a sus compañeros. Expuesta también a las erupciones de su esposo, al que adoraba, pese a todo. Veíamos constituirse ese Estado que nos pertenece, aunque aún falta mucho para dejar de disputárnoslo, está claro. Sí, ya sabemos que nos lo da una mano que retrocede, esa maldita guerra nos seguirá adonde vayamos. ¿Y qué hacíamos nosotros en medio de toda esa ebullición? Languidecer en Roanne, en nuestro piso silencioso y rutilante, al que tú, Ethel, le dabas lustre con un paño suave, con la oreja pegada al transistor para tener noticias de allí entre dos cartas de Léna dirigidas a su hermana y a ti, que me leías, omitiendo probablemente los pasajes que podían irritarme (Léna no rehúye la provocación). Nuestra Anna, la pequeña, la muñeca preciosa, nuestra katzele, hacía su vida en París, la veíamos poco.

Es cierto que estoy cansado, y la salud, desde que acabó la guerra, no quiere volver. Ando a duras penas, me lo dices bastante. Así que ¿volver a empezar?, ¿de nuevo?, ¿a nuestra edad? ¿Ir a sudar, nosotros que somos polacos y luego apátridas y luego franceses, que estamos hechos de inviernos duros y veranos cálidos? Sí, Ethel, tienes razón, allí también hay inviernos, pero hace más calor durante más tiempo, no puedes negarlo. No estoy seguro de poder soportarlo. En todo caso, Léna y Joachim nos han convencido de ir al menos una vez. Para que veáis este milagro con vuestros propios ojos, escribían. Joachim añadía ahora algunas líneas en alemán al final de las cartas de su mujer. Se notaba en su escritura al hombre instruido, muy alejado del gigante taciturno encaramado a su tractor. Os quedáis todo el tiempo que queráis y luego decidís. Pero que sepáis que a nosotros nos gustaría que estuvierais aquí con nosotros para siempre.

Fuimos, nos recibieron como a reyes, parecíamos los padres universales, los padres resucitados o reaparecidos de toda esa juventud que se deslomaba en medio de lo que ya había dejado de parecer un desierto pedregoso.

Vivimos las comidas compartidas en la sala común, esas comidas demasiado largas y demasiado ruidosas para nosotros, ¿verdad?, y no dejábamos de quejarnos de ellas farfullando, sí, vale, sobre todo yo, pero eran tan alegres, hay que reconocerlo, tan tranquilizadoras. Vivimos las veladas de cantos y bailes donde incluso amagaste unos pasos mientras te ruborizabas, y eso, querida mía, no lo había visto desde nuestra antigüedad. Disfrutamos de la visita que nos organizaron Joachim y Adriel, nuestro querido sobrino, del más mínimo trocito de tierra, de edificios relucientes, y luego, de cabo a

rabo, durante días y días, a bordo de un vehículo abierto a los cuatro vientos —temías que me pusiera enfermo y me habías obligado a ponerme un jersey aunque el termómetro no bajaba de los treinta grados, incluso de noche— del pequeño país que ahora era el nuestro, repetían abarcándonos con un gesto junto a los paisajes. Y, sobre todo, allí estaban nuestros nietos dorados como el sol. Ya no tengo energía para jugar con ellos, ni siquiera para hablarles mucho (¿y en qué lengua? Solo conocen el hebreo, que yo no domino aún lo suficiente como para mantener una conversación, y menos con niños impacientes, y un poco el inglés, del que no entiendo ni una palabra), y noto perfectamente que los intimido con mis modos de europeo, endomingado para su mirada de adorables salvajes, ellos a quienes el polvo procura una protección constante y forma huellas de guerreros siux en cuanto se secan el rostro con el dorso de la mano. Cuando los veo se me parte el corazón. Todo se repite. Los niños, en las calles de Varsovia, al jugar se vestían con los mismos adornos. Mis hermanas desaparecidas y yo probablemente también nos los poníamos, y supongo que, al regresar, nuestra madre nos regañaba. A ella le gustaba, como a ti, que todo estuviera reluciente, incluidos sus hijos. Es una exigencia que no pudiste ejercer mucho tiempo con tus hijas, puesto que la guerra te privó de ellas demasiado rápido. Por eso, ¿no es cierto?, sigues tratándolas como a niñas, ahora que nos las han devuelto.

Poco importan mis propios impedimentos, tú pudiste mimar a Elie y a Dov preparándoles tus famosos franzouskes y otros miles de ziskeit, dulces de antaño que salvaste del olvido. Yo miraba sus cuerpecitos libres, sus juegos despreocupados entre los demás niños dorados, y me sentía secretamente feliz. Solo me permitía caras sonrientes, un leve movimiento de la mano hacia ellos, porque así es, ya no sé cómo renunciar a la prudencia digna que me sirve de máscara y de armadura. Sin embargo, al verlos, se apoderaban de mí el júbilo y la risa a carcajadas.

Regresamos exhaustos, pero conquistados, decididos a marcharnos, aunque sospechábamos que, por miles de razones, que van desde el clima hasta la influencia que tiene la geografía sobre la cultura y las costumbres —sin mencionar la hostilidad ambiente, tan amenazante para nosotros, supervivientes—, aquí nos costaría trabajo sentirnos verdaderamente como en casa.

Léna y Joachim habrían querido que viviéramos a su lado, en el kibutz. Hicieron todo lo posible para convencernos. Pero allí solo estuvimos de paso, lo justo para organizar nuestra mudanza. A nosotros nos gusta la ciudad. Nos gusta pasear por las calles, aunque eso, aquí, significa desde la primavera estar empapados al cabo de cinco minutos caminando, incluso tranquilamente. Me niego, es cierto,

a cambiar mi traje por uno de esos pantalones cortos y esas camisolas ridículas. ¡Oy! ¿Acaso me ves tú vestido así, con mi piel blanca como la leche, mis gemelos delgaduchos, mis patas de pollo, como tú las llamas para burlarte cuando te pones chistosa, cosa que a veces te pasa? ¿Te imaginas mis pies callosos en unas sandalias? Tú te adaptas mejor, te pones vestidos floreados que no se arrugan y se secan, según me dices, en un abrir y cerrar de ojos. Y aquí estamos en este nuevo lugar, que sin duda será el último, en esta ciudad blanca, demasiado moderna y luminosa para nuestros pobres ojos cansados. Nos vamos inventando una rutina. Compro los periódicos yidis y aprendo a descifrar los que están en hebreo. Bebemos té por la tarde, en nuestro piso con las persianas bajadas. Más tarde, caminaremos hasta el mar. Y cenaremos ligero casi sin desordenar nada. Esperamos constantemente la visita de los niños. Pero están tan ocupados que nos mostramos comprensivos y pacientes. Quién sabe, quizá seamos felices en nuestro país, si algo queda en nosotros que nos permita serlo al menos un poco.

ANNA, 1963

Irme con Léna fue durante mucho tiempo una obsesión. En el 48 era demasiado joven para marcharme con ella. Vamos, eso es lo que me dijeron entonces y me ponía furiosa. Yo sabía que tenía muchos más que mis quince años. Se crece rápido en el peligro y las privaciones. En lo que la guerra tardó en acabar, me convertí en completamente adulta y no entendía que los demás no estuvieran de acuerdo. Tal vez toda nuestra generación envejeció más rápido de la cuenta, así pues, ¿qué valor conceder a una madurez indiscutible pero compartida por todos los de mi edad? Terminé por resignarme, pero creo que este proyecto lleno de trabas, este proyecto que habíamos compartido mi hermana y yo, mi hermana mayor, más frágil que yo, más inquieta, ¿acaso soy la única que lo sabe?, fue como un manantial burbujeante del que obtener en todo momento la voluntad de avanzar, sin considerar ningún obstáculo como insalvable. Al fin y al cabo, yo había sobrevivido en una familia de agricultores sin benevolencia y en condiciones tan duras que cada mañana, durante casi dos años, había tenido que curtirme, apartando los recuerdos demasiado gratos, que ablandan, y buscando algo a lo que aferrarme: la perspectiva de comer aunque solo fuera una rebanada de pan, las enseñanzas recibidas en la escuela, a la que habían terminado por dejarme ir cuando no había demasiado trabajo en la granja, o los pocos juegos con algunos compañeros. Cuando se ha vivido eso a los ocho años, no hay duda de que una parte de uno mismo no se recupera, pero forma, también prueba que se tiene lo que hay que tener para resistir y, quién sabe, para alcanzar un destino resplandeciente. Así pues, ese rechazo me había resultado doloroso. Sin embargo, estaba convencida de que solo era un contratiempo. Lo creí durante años, incluso después de haber conocido a Léo. También hablaba de ello con él, sobre todo cuando recibíamos una carta de Léna que siempre nos tranquilizaba e inquietaba a partes iguales. Lo que estaban consiguiendo nos parecía colosal y maravilloso, más emocionante que todo lo que habríamos podido planear aquí. Sin embargo, Léo tenía que terminar sus estudios de medicina antes de que pudiese siquiera pasársenos por la cabeza marcharnos. Y luego me llegó ese ascenso, ese puesto tan gratificante para una pequeña yidis que llegó a Francia con seis años. En él me

realicé, gané en seguridad cuando, en el fondo, era incapaz de liberarme por completo del sentimiento de estar engañando a mi gente, de solo dar una falsa impresión. También en eso, quizá es lo que todos sentimos, en el secreto de la propia conciencia y lucidez.

Además, le cogí gusto a la vida parisina, a todo lo que ofrece de refinamiento y de distracciones. Léna está deseosa de saber de ella, no para de pedirme que le cuente con detalle mis lecturas, mis salidas y hasta la ropa que me pongo, que ahora le está vetada y es, por tanto, tan fascinante como si fuera ropa de teatro. Sin que lo supiéramos, el flujo de admiración y de ganas se dio la vuelta. Aún sigo estando tan orgullosa de mi hermana valiente y decidida, pero el deseo de reunirme con ella se ha atenuado. Percibo lo mucho que echa de menos algunos aspectos de la vida en Francia. En sus cartas, entre líneas, leo una especie de mandato: no abandones tu vida intelectual y sofisticada, me susurra, ocupa ese terreno por las dos.

Y ahora que ha nacido Nathalie es difícil iniciar un cambio de vida tan radical. Aunque haya que luchar, aunque tenga que asumir yo sola las necesidades de ambos, a la espera de que Léo pueda ejercer, aunque vivamos en un piso diminuto del que me marcho al alba para llegar a tiempo a la oficina y aunque —evidentemente carecemos de los medios para contratar a una cuidadora— hayamos tenido que dejar a nuestro bebé, nuestra muñeca preciosa, a mis suegros, en las afueras, aunque todos los domingos su padre y yo, después de haber pasado horas demasiado breves jugando con ella, cubriéndola de besos y tiernas palabras para que la acompañen toda la semana, tomando fotos que no pararemos de mirar mientras estamos separados, decenas y decenas de fotos en las que a menudo la seriedad atraviesa su rostro, cuando nos vamos, está inconsolable, se alza todo lo que puede en la cuna, roja de tristeza e inquietud, y eso me horroriza. A pesar de todo ello, París nos abraza, nos nutre, nos hace mil promesas en las que quiero creer.

Pero en cuanto tengamos los medios, iremos a verlos, a mi amada hermana, a su esposo con rasgos de profeta y a sus maravillosos hijos. Iremos a verlos, y una vocecita en mí me desea que, entonces, no me invada el arrepentimiento.

ELIE, 1968

Hoy somos unos diez en nuestro Bar Mitzvá, y soy el único pobre con tan poca gente cercana: cero primos, cero tías o tíos, o lejos, más o menos fabricados para compensar la ausencia de los de verdad, que no se han dignado vivir aquí, ni tampoco se han desplazado desde Europa o los Estados Unidos. Como si esto no significara nada para ellos. Que nosotros cinco, ese trocito de su familia, en nuestro país minúsculo y maltratado, no significáramos nada. No cuento a Adriel, pilar de la comunidad que al final no tenemos más remedio que compartir. Aquí solo están exclusivamente para mí mis abuelos, discretos, serios, embutidos en sus trajes de calle, tan cómodos en el kibutz y en medio de las festividades como animales débiles acechados por cazadores. ¡Oh! Qué orgullosos están de mí, soy el primero de sus nietos en dar este gran paso, en haber hecho el esfuerzo de preparación que me ha permitido, durante la ceremonia feliz y un tanto caótica, leer y comentar algunos pasajes de la Torá, y prestarme a cualquier ritual ahora que he logrado alcanzar, parece ser, la madurez religiosa. Ha sido pesado y laborioso, porque la religión, por lo general, no encuentra realmente su sitio aquí. Pero bueno, entiendo la necesidad de celebración, entiendo su simbolismo. Ahora ya formo parte oficialmente de la comunidad de hombres responsables, y confieso que el orgullo y la emoción los he sentido sobre todo también por mi padre. Es tan difícil de impresionar… Jamás se vanagloria, no cuenta nada —la que se encarga de contar trocito a trocito la leyenda paterna es Ima[3], la mayoría de las veces para explicar y, de paso, excusar sus estallidos en casa o ante el consejo—, pero se diría que lo hizo todo, aprendió a controlarlo todo, de lo más técnico a lo más cerebral. Y no espera menos de sus hijos. No es que sea duro. Colérico sí, a veces, y entonces tengo que intentar tranquilizar a Dov, más impresionable que yo, y al pequeño Noam, regordete y tierno como un corderito. A Aba[4] le dan a veces esos ataques de ira enloquecidos por tonterías. Enloquecidos es la palabra. Se nota que suben desde las entrañas, que vienen de muy lejos, de la guerra de la que prácticamente no habla, pero que lo convirtió en huérfano, como a tantos otros aquí —los pioneros, nuestros padres, son una curiosa tropa atormentada, que a veces se topa con nuestra dejadez, no pueden entenderla—. A mí me

parece que deberían aplaudir a manos llenas. ¿Es una victoria; no, su victoria, que hayamos sido capaces, al contrario que ellos, de frivolizar un poco? Y frivolizar hay que decirlo de soslayo. De acuerdo, los refugios subterráneos sirven de bar y de discoteca cuando no cumplen con su primera función —lo que ocurre muy a menudo, porque nuestra posición por encima del Golán nos convertía en objetivos fáciles, de ahí mi desagradable impresión de que nuestra familia en el extranjero, los judíos del mundo entero, nos sacrifican situándonos en primera línea, sin que nosotros, los más jóvenes, lo hayamos escogido—. Vale, a la menor ocasión, nos vamos en desbandada a nadar al lago Kineret o al mar Muerto después de haber acampado durante días en el desierto, dejando a nuestras espaldas todo lo que hace sufrir. Aquí nos demoramos todo lo que podemos en la piscina —concebida, al principio, para que todos fuéramos campeones de natación, lo que realmente somos, la mayoría de nosotros— y para engañar al aburrimiento hacemos concursos del mejor salto. Todo lo que a nuestros padres atareados y serios, a nuestros padres que siempre cargan con el fardo de angustia e inquietud, les resulta una lengua extranjera o, peor aún, olvidada. De acuerdo, nos gusta la fiesta y somos de nuestro tiempo: los discos que conseguimos en Tel Aviv o Haifa, la música que ponen en la radio, nos proporciona un poco de esa gran ola de libertad que empuja a la juventud, en otros sitios del planeta. Afortunadamente, a diferencia de otros kibutz más cerrados, no estamos aislados hasta el punto de que esta ola no nos toque a nosotros también, dentro de los límites que la vida permite aquí. Digamos que nos roza apenas y que la saboreamos como una promesa, la huella de la sal que se va depositando. Honra a nuestros mayores haber permitido eso, esa flexibilidad, haber imaginado y después mantenido firme el principio de las casas de adolescentes, particularmente con el riesgo de que huyéramos de ellos. Veo perfectamente cómo les impresiona eso a los voluntarios extranjeros. ¡Hala! ¡No vivís con vuestros padres! ¡Vivís entre jóvenes! ¡No tenéis a nadie encima! Sé que este asunto le viene bien a Aba, que no es únicamente una cuestión de ideales. Nunca ha tenido mucho tiempo para dedicarnos. Se mata a trabajar de sol a sol y, cuando vuelve, se derrumba en el sofá. Aunque viviéramos con ellos, nos costaría tener una conversación. Cuando pasamos a verlos, lo hacemos sobre todo por Ima. A Aba es más fácil que nos lo crucemos cuando participamos en los trabajos del kibutz. Quizá sea en los momentos en que trabajamos codo con codo, en los campos o en el estanque de piscicultura, cuando las conversaciones son más intensas. Aba es de poco hablar, pero irradia saber; no es más que gestos seguros y poderosos. Y creo que durante las horas en que su cuerpo está poseído por el trabajo duro, en que puede medir concretamente el fruto de su

esfuerzo, está un poco sosegado. A veces se detiene un instante para mirarme, con una sonrisa en el rabillo del ojo, y es como si me besara en la frente. Siento casi el calor de su beso en la piel, el amor contenido. Entonces me siento orgulloso y feliz, y aprendo, yo también, a prescindir de las palabras. Cuando regreso, esos días, sé que algo se ha transmitido.

Pero ¿de ahí a pensar que somos realmente superficiales, cuando no hacemos sino ir del trabajo en la escuela a las tareas colectivas, cuando sabemos que al final del instituto daremos tres años de nuestra vida al ejército y que hay pocas posibilidades de que sea en tiempo de paz? Lo que sí cultivamos es una especie de dejadez forzada, por desafío y para no asfixiarnos. ¿Pero cómo vamos a ser superficiales si todos nosotros procedemos de linajes diezmados? ¿Cuando avanzamos con la casi vergonzosa conciencia de nuestra precariedad, mientras quieren que seamos invencibles, nunca más víctimas?

DOV, 1973

Sentí que se fastidiaba. Un estallido, casi, antes del dolor. Y ni siquiera fue saltando, qué estupidez. Es verdad que ya me había cargado la rodilla jugando al vóley, antes del ejército. Y no había querido hacer nada. Cuando el dolor se despertaba, apretaba los dientes, me mantenía tranquilo hasta que se calmara y volvía al tajo. Así nos educaron, duros en el trabajo, duros en el sufrimiento, tragarse el malestar y las dudas, y a callar. El servicio militar no ayudó en nada. No trató bien ni a mi cabeza ni a mis piernas, literalmente. El entrenamiento de los paracas no deja lugar alguno para la autocompasión. Pero me gusta desafiar mis límites, siempre me ha gustado eso. Adormece los sobresaltos del cerebro, las cuestiones a las que nunca nadie podrá responder, así que mejor extenuarse hasta el bendito desfallecimiento. En ese sentido, el ejército me vino bien. No voy a decir que después del universo exiguo del kibutz, esa especie de confinamiento a pesar de nuestras escapadas y de la llegada regular de los voluntarios, no me gusta la mezcla: críos que venían de todas partes, brillantes e imbéciles, recién llegados, nacidos aquí como yo, urbanitas y gente de pueblo, drusos corteses pero siempre algo distantes, locos de la guerra y dulces soñadores que creían en la paz de este país, que aún nunca ha conocido. También me gusta el entrenamiento, la conciencia de tener el cuerpo definido, los reflejos ejercitados al máximo, los sentidos exacerbados. Y la euforia del salto, por supuesto, ese breve instante de la caída libre en el que no se es más que un cuerpo que fluye por el aire. Ese alivio. Durante una operación, se presenta el miedo, pero también la adrenalina, y una solidaridad jamás antes experimentada.

Pero de pronto uno está metido en ese atolladero de mierda, esa ofensiva en pleno Kipur, que los imbéciles de nuestros dirigentes no vieron venir, o demasiado tarde para evitar la masacre.

Al cabo de varios días de combate, he perdido la cuenta en la confusión, viendo caer a compañeros a mi alrededor, sepultando sus cadáveres para que los chacales no se los coman, nos trasladan al otro lado del canal en helicóptero; y yo, aunque estoy listo para plantar cara, para vengar a mis camaradas masacrados y, porque me formaron

para eso, para darlo todo, con la conciencia agarrotada en un rincón del cerebro, los miembros en modo de arma mortífera, yo, ¿qué voy y hago yo? Pisar mal saltando del helicóptero y siento, casi oigo, cómo se me rompe la rodilla. Todavía no me duele, pero me derrumbo como una mierda. Imposible dar un paso. Solo después, cuando me han vuelto a montar en el helicóptero camino del hospital, aparece el dolor. Y con él, el vértigo, la impresión de caer dentro de mí mismo. Todo lo de aquellos días y aquellas noches entre el ruido de las detonaciones y los silencios inquietantes vuelve a mi mente: el rostro sorprendido de los niños mortalmente heridos, amigos o enemigos —a veces se lucha a cuchillo, y uno los ve, con sus rasgos suaves, sus ojos alucinados ante los que mejor no sorprenderse en semejante momento de brutalidad—, la sangre y los gritos. Lloro de rabia y de alivio.

Paso semanas en el hospital, desde donde trato de seguir el avance de las operaciones. Elie está en algún lugar del frente sirio y lo envidio por estar aún en plena acción, tanto como tiemblo de pensar que no vuelva. Nunca hemos sufrido semejantes pérdidas. Se acabó la invencibilidad.

Al final me envían a casa. Tengo la rodilla hecha picadillo y no saben arreglarla. Me hablan de ciertas técnicas que aún están en pruebas, me dicen que sea paciente y que confíe.

Tengo dieciocho años y ni la menor idea de lo que voy a hacer con este cuerpo inútil. Permanezco durante horas agazapado en mi habitación, al fondo del kibutz, carcomido por la vergüenza sin saber por qué. Los analgésicos me aturden. Caigo redondo.

Cuando entreabrí los ojos, un poco antes, subiendo de una de esas caídas, Aba estaba junto a mi cama, de pie, con los puños apretados, y me miraba. Se le perdían unas lágrimas entre la barba. Cerré de nuevo los ojos y no volví a abrirlos hasta que oí que se había marchado.

Aún me pregunto si lo soñé: nunca, hasta hoy, había visto llorar a mi padre. Gritar sí, o, después de un disgusto o de una pelea, no pronunciar ni una palabra durante días. También lo vi reír, con una risa tan desmesurada, inquietante para un niño, como sus ataques de ira. Pero ¿llorar? No creí que hubiera lágrimas dentro de él. Por eso siempre he disimulado las mías. Y cuando las de Noam brotaban delante de Aba, se me hacía un nudo en el estómago. Pero finalmente no, eso no provocaba ningún desastre. Ni reproches ni castigo. El gigante, desamparado frente a la tristeza de su hijo pequeño, el más sensible, el más frágil de los tres, al menos aparentemente, y tal vez nacido también cuando nuestro padre empezaba a enternecerse, se subía a mi hermano menor a los hombros y lo llevaba a dar el paseo de las plantas. Así llamábamos entre nosotros a esos momentos preciosos en que nos presentaban a cada vegetal, cada brote, árbol, flor, todo un pueblo inmóvil y silencioso con el que Aba se

relacionaba de mejor grado que con sus hermanos humanos.

¿De qué lloraba al observarme? ¿De mi fuerza aniquilada? ¿Del triste espectáculo de mi inutilidad? O bien, sin llegar no obstante a expresarlo con un gesto o siquiera con alguna mínima palabra, ¿compartía acaso un poco de mi pena y mi confusión? Nada me permite saberlo con seguridad. Y, por supuesto, ni lo vi ni lo oí, ¿verdad?, así que no podré preguntárselo jamás.

SABTA (SIN SABA), 1978

¿Lo echo de menos? ¿Resulta posible que quien ha vivido más de cincuenta años junto a un hombre que no fue ni su sombra en la última época lo eche de menos simplemente por esa razón, porque fueron dos todo ese tiempo? ¿Lo eché de menos, en el 38, cuando se fue durante meses con Léna para preparar nuestra salida de Polonia, nuestra huida en contra de la opinión del resto de la familia, y que así Anna y yo no llegáramos a Francia en la miseria y el caos? Me moría de angustia. Aguardaba con ansia sus cartas, ávida del más nimio detalle que me permitiera imaginar lo que nos esperaba. Me asustaba el viaje y esa vuelta a empezar, pero, al igual que Nathan, estaba convencida de la necesidad de escapar de lo que se avecinaba. Sabíamos que ni nuestros bienes ni la supuesta estima de la que gozaba nuestra familia de notables nos protegería. Era evidente, y aún lloro por la ceguera de los nuestros.

El destino escogido para nuestro exilio me tranquilizaba. Había devorado tantas novelas francesas que esperaba sentirme un poco como en casa en ese país cuya lengua ya conocía perfectamente. Las circunstancias no eran ideales, pero trataba de ser optimista. ¿Eché de menos a mi marido durante esa larga separación? Honradamente, debo admitir que no. Creo incluso que si dejo a un lado la ansiedad, más constante aún porque Léna estaba con él, sentía más bien una especie de alivio. Hasta donde me llega la memoria, siempre me ha parecido un estorbo la virilidad y lo que implica de expectativas y exigencias. Nathan era un hombre dulce y recto, pero también era un hombre chapado a la antigua, que no se salía de su papel y no facilitaba poder confiarse a él. Nada que ver con los jóvenes de hoy en día, como mis nietos, a los que les gusta hacer reír a las mujeres y saben escucharlas. Mis sentimientos mejor se los contaba a mi diario. Lo he conservado, en polaco, hasta hace muy poco. Cuadernos enteros de sueños y frustraciones. Pero al final ganó la resignación. ¿Qué puedo esperar a mi edad? ¿De qué sirve tener aspiraciones y, lo que es todavía más ridículo, anotarlas? Es una forma de seguir creyendo, pero yo ya no creo. He quemado todos mis cuadernos.

Quizá echo más de menos a Nathan desde su muerte. Quizá

habíamos terminado por compartir algo esencial, estando callados sin embargo durante horas el uno junto al otro. Aunque solo fuera el frágil recuerdo, sin evocarlo jamás, de la antiquísima felicidad perdida, una felicidad que entonces pasaba inadvertida, mientras la disfrutábamos, y la conciencia de haber atravesado juntos pruebas que nos habían desgastado, pero no vencido. Nos habíamos salvado, nuestros hijos y nosotros. Habíamos hecho lo que había que hacer.

Ya ni siquiera nos peleábamos. Esa energía nos había abandonado.

Se quejó mucho de la vida aquí, pero creo que a fin de cuentas encontró una especie de paz. A pesar de la guerra, que, como me temía desde el principio, parece no querer acabarse jamás, devora la carga de juventud de nuestros hijos año tras año, y nos hace tener un nudo en el estómago por ellos cada vez que sabemos que están combatiendo, hay una especie de confort psicológico cuando se vive en este país. No es poca cosa no tener que temer el hecho de anunciar que somos judíos (creyentes o no, practicantes o no, más o menos respetuosos de las tradiciones, qué más da, esa nunca es la cuestión) en un momento dado de una conversación, de una relación, a riesgo de percibir el asco, el odio, el desprecio en la mirada del otro, que, tal vez, hasta ese momento, te apreciaba. Ha tenido que alegrarse, como yo, en estos últimos tiempos de su vida, por no sentir esa crispación interior en el momento de revelarlo. No creo que los israelíes nacidos aquí se den cuenta de ello: hasta qué punto la ausencia de ese temor lo cambia todo. Explicar ese temor, describirlo, no sirve para nada. Hay que haberlo sentido a lo largo de toda la existencia para comprenderlo. Seguramente los jóvenes de aquí lo descubren como un trauma, cuando viajan al extranjero después del ejército. Para muchos de ellos, es la primera vez que salen de este país en el que todo está pensado —conmemoraciones espectaculares y conmovedoras, lugares de homenaje y de memoria— para que la conciencia de ser judío sea fuente de orgullo, alimente una voluntad tozuda, y no una inquietud. ¿Qué siente esos jóvenes cuando perciben un rechazo incómodo, apenas disimulado, o incluso una condena, en los ojos de aquellos a quienes les anuncian de dónde vienen, lo que son? Su actitud un tanto bravucona, ruidosa y brusca, su tendencia a permanecer en grupo es probablemente una defensa ante esas nuevas heridas. Por conflictivas que sean, nuestras relaciones con los palestinos tampoco preparan para ello. Ser objeto de odio, sentirlo o, al menos, percibir incomprensión, con los pies sobre lo que uno considera su tierra, no tiene nada que ver con el recordatorio constante de su ilegitimidad, de su calidad de indeseable. Es comprensible que la mayoría regrese a vivir aquí después de haber visto el ancho mundo, que tendría tanto que ofrecerles.

Sí, aquí me ha gustado descansar de esa mirada y, aunque no

habláramos de ello, porque hablábamos poco, sé que también Nathan saboreaba cada instante de esa evidencia.

MARIE, 1983

Por la noche, me dolió el vientre, pero no le dije nada a nadie. Ya me habían avisado, no te comas las manzanas que recoges, la mayoría aún están verdes. Pero era irresistible: bajo el sol que ya calentaba tan temprano por la mañana, morder de vez en cuando el fruto ácido. El primer día debí de comerme por lo menos diez, muy pequeñitas, invendibles, me decía para justificarme.

Había llegado la víspera. Dio tiempo a que me explicaran lo que se esperaba de los voluntarios, los turnos de las tareas, a que me enseñaran también el barracón donde dormiría con más gente, y a que mi tía —mi tío tenía mejores cosas de las que ocuparse, cosas de la máxima importancia—, esa primera noche, disfrutara un poco de su sobrina, y ya iba yo al día siguiente de madrugada, después de un desayuno frugal, encima de un tractor, con aquella tropa desparejada que formaban mis camaradas voluntarios, en dirección a las plantaciones. Estaba tan emocionada como inquieta. Hablaba mal inglés, la lengua que supuestamente era la común a todos. No sabía si físicamente estaría a la altura de lo que me habían encomendado: padezco de la espalda desde los quince años y temía que a esta no le gustaran los gestos mil veces repetidos de la recolección. No solo había aguantado la espalda, sino que me había gustado ese trabajo, la repetición que permite al espíritu vagabundear, el vínculo que teje el cansancio entre quienes lo comparten, aún extranjeros pocas horas antes, el segundo desayuno, un tentempié, devorado a la sombra hacia las diez, para descansar del calor plomizo, la ropa de trabajo, camiseta y pantalón de tela azul, que exime de cualquier coquetería. Contemplaba a la desconocida de rostro maculado de sudor y tierra, en el espejo del baño, en el comedor, y me sentía liberada de una carga.

Poco a poco, la tensión me fue abandonando. Disfrutaba cada segundo de esa vida más libre, más aguerrida y concreta que todo lo que había conocido.

Nunca había venido a Israel sin mis padres. La última vez, tres años antes, Nathalie, mayor de edad, era voluntaria y no se alojaba con nosotros. La veía ir y venir a su antojo, cumplido el trabajo de la

jornada, más segura que en Francia, también más seductora, con su cuerpo recio adaptado al lugar, lo que aquí se apreciaba visiblemente. Venía a vernos deprisa y corriendo, me tomaba el pelo, a mí que tenía que quedarme como una niña buena con nuestros padres, a la vez atentos y distraídos, más interesados ellos también por los encantos del kibutz que por mí, o por las conversaciones encendidas de las que yo no entendía gran cosa. Y teníamos que hacer compañía a mi abuela, que había venido expresamente de Tel Aviv. La conocía mal, solo percibía en ella una inquietud constante, asfixiante para la adolescente que entonces era. No, no tenía hambre, no, no tenía frío, ni calor. Y tampoco estaba cansada. Esas preguntas cargadas de angustia no favorecían nuestra relación. Entonces se presentaba Nathalie, como un huracán feliz, y me contaba sus flirteos con todo detalle, como hacía desde que me había considerado —muy pronto— en edad de ser iniciada. Me consumía de impaciencia.

Lo hice mejor que ella, vine sola para un mes entero. Papá y mamá fueron los primeros sorprendidos por este proyecto. Se acordaban de mi reacción —primero me quedé perpleja y luego me había sentido francamente agredida— cuando, durante nuestra primera estancia, una prima me había preguntado no si lo haría, sino cuándo iba a mudarme a vivir aquí, a nuestra casa.

¿Cómo explicar que no se trata de eso, que lo que me atrajo fue la autonomía? También anticipaba el orgullo de haber superado cierta aprensión.

Por mi parte, voy deambulando y descubriendo y flirteando, inventándome otra yo y, de paso, voy creciendo. Apenas he visto a mis primos. Sabemos desde siempre que entre nosotros hay cosas para querernos, lo notamos, pero hasta ahora no teníamos ninguna lengua común y siempre nos sentíamos algo incómodos cuando estábamos juntos sin nuestros padres para hacernos de intérpretes. Por desgracia, mi pobre inglés sigue sin permitirnos conversaciones reales. Sin embargo, algo hablamos. Elie, que es cineasta cuando no está en el ejército —es oficial en la reserva—, me filmó vestida de blanco en medio de los aguacates, durante mi última estancia hace algunos años. Estuvimos en silencio. Elie me hacía señas para que avanzara o me quedara quieta. La luz y las sombras eran mágicas. Yo, que no me gusto a mí misma, me sentía envuelta por la belleza del lugar y del momento, bella por contagio. A menudo me he preguntado si había soñado esas horas de las que nunca hemos vuelto a hablar y de las que jamás vi el resultado en película. Seguramente me habría dado vergüenza. Más vale recordar e imaginar. Con Dov todo pasa por la mirada. Tiene una presencia física impresionante y el ojo burlón de mi tío Joachim, al que adoro y temo un poco, como todo el mundo por aquí, creo. Ni siquiera los voluntarios se marchan sin saber quién es

esa leyenda viva, ese guapo barbudo fotografiado junto a Ben Gurión y a todos los oficiales que vinieron de visita a nuestro (sí, un poco mío, por parentesco) kibutz ejemplar. Me encanta también ver a Dov chinchando a Sabta cuando ella pasa algún tiempo aquí, cómo la arrastra de repente a un vals o le habla de sus pretendientes. Solo él sabe atajar de golpe sus lamentos (fuera hace demasiado calor y dentro, demasiado frío, los mosquitos la persiguen, el ruido del comedor la agota, se aburre lejos de la ciudad). Solo él sabe resucitar a la joven graciosa y romántica que la vida sepultó. Siente por ella esa infinita ternura que no habla, pero que actúa.

Noam y yo, a pesar de que él es mucho más joven, y tal vez sea justamente por eso, nos hemos evitado durante mucho tiempo. Hay que decir que antes de su reciente transformación, era un niño que no estaba a gusto consigo mismo, un poco gordo y, seguramente, demasiado amable para la dureza del país. Ya me habían avisado, pero cuando me lo crucé por casualidad, unas horas después de mi llegada, no lo reconocí. Tuvo que sonreírme para que yo identificara en el muchacho esbelto que estaba en frente de mí al menor de mis primos. Se quedó en silencio, me cogió de la mano y, sin soltarla, me acompañó hasta mi dormitorio común. Confiábamos en nuestras manos para encarnar la inexplicable y bella connivencia, para sellarla. Al igual que con Elie, el momento, del que no sabría decir si fue breve o largo, era tan sostenido y extraño como un sueño.

¿Cómo hacer entender a mi familia que mi presencia aquí no tiene nada que ver con nuestros orígenes? O, si acaso, únicamente en la medida en que nuestra pesada historia, esa maldición, ha permitido que tal lugar exista. Un lugar donde, aparte de las numerosísimas ocasiones en que uno se encuentra frente a frente con los jóvenes soldados y sus armas en bandolera, es cierto, me siento en casa. Pero más vale que no le explique por qué a mi querida prima, aquella que me dio la orden que tanto me había chocado. No hay duda de que me condenaría por falta de consecuencia e intolerable superficialidad.

NOAM, 1984

No puedo. No puedo. No puedo aprender las mejores técnicas de combate; es decir, de eliminación, y cómo comportarse frente al enemigo. No puedo aceptar que se enseñe la brutalidad como si fuera una ciencia. Ni verla, ni ejercerla. No puedo. No puedo soportar que los oficiales se dirijan a nosotros gritando, ni siquiera cuando estamos bajo sus órdenes. El contacto con las armas me hiela la sangre, y limpiarlas, cuidarlas como un bien preciado, me provoca náuseas. No puedo compartir el entusiasmo de la mayoría de mis camaradas por ese tiempo de nuestra vida que le regalamos al país, a la garantía de su supervivencia. Comprendo la necesidad, pero que nos reduzcan a eso, a ser esa población capaz de transformarse en ejército en cualquier momento, me repugna. No hay nada glorioso, creo yo, en esa guerra interminable que mantenemos para poder quedarnos aquí. Un hecho envenenado. No tenemos elección, nos repiten, quieren echarnos al mar y debemos luchar para que eso no ocurra nunca más, nunca más el camino dócil hasta el matadero. Tal vez no tengamos elección, pero hemos tomado decisiones o, más bien, las han tomado por nosotros, que nada tenían de obligatorio, que no son más que gasolina constante en el fuego. No teníamos que ocupar más territorio del necesario. ¿Cómo esperar la paz cuando se les ofrece a los que así creemos dominar razones para odiarnos de generación en generación? ¿Y cómo hacemos para vivir felices sin desesperar por esta situación imposible?

Me vuelvo loco. Me echo a llorar en plena perorata de uno de nuestros instructores o de un enésimo ejercicio. Durante los pocos días en que, para someternos a prueba, tenemos prohibido pronunciar una palabra, me pongo a cantar como un demente y me arrestan. Me duele el cuerpo entero y me quedo postrado en la cama. Por más que me amenacen con mil sanciones, soy incapaz de moverme. He dejado de comer y adelgazado hasta el punto de que casi no me mantengo en pie. Me odian por mi debilidad y porque soy la motita de polvo en la conciencia colectiva bien engrasada, el que impide que todo ruede a la perfección. Al contrario que los demás, no tengo ningún amigo en mi unidad. Suelo pasar temporadas en la enfermería y, de mala gana, como para alejar el riesgo de contagio, me conceden permisos

excepcionales. Pero entonces me parece que voy a morir de angustia cuando tengo que regresar cargando con mi petate.

Mis padres y yo evitamos hablar de ello, como de cualquier asunto espinoso. Flota en el ambiente cuando vuelvo. Aba no aparece, o muy brevemente, como para que hablemos de otra cosa que no sean banalidades. Ima me prepara pasteles que me obligo a comer para tranquilizarla.

Elie y Dov, no sé cómo, se han enterado de que me encontraba mal y ambos han venido a verme. Elie, en el ejército; Dov, durante una de mis visitas al kibutz. Creo que tanto uno como otro entienden muy bien lo que siento.

Dov, desde su accidente, ha tenido todo el tiempo del mundo para cavilar. Ya no es exactamente aquel soldado orgulloso y resuelto. Ha cambiado mucho. Yo era pequeño cuando lo hirieron y recuerdo su interminable depresión, que nadie, obviamente, mencionaba. Luego, sus prioridades no fueron ya las mismas. Empezó a dedicar su vida a la música y, muy pronto, porque Dov es brillante, porque se deja la piel, se hizo representante de artistas. Me sentaba en los primeros palcos en los conciertos y podía llevar a mis novietas. Me gustó su nuevo rumbo.

Elie, lo sé, está indignado por la forma en que, bajo el pretexto de la seguridad y más aún con esa bendición que da el uniforme, tratamos a los árabes, sean israelíes o palestinos. El tema lo tiene obsesionado.

Sin embargo, ninguno de los dos muestra empatía abiertamente. Un vestigio de nuestra educación, probablemente, que nos impide afrontar los problemas en voz alta, o si no, aparecen de pronto los gritos y no llegamos a nada. Supongo que también ellos temen, puesto que tengo que terminar esta mierda de servicio, que el menor signo de comprensión por su parte me haga dudar. No les falta razón, y percibir en sus ojos la compasión y, sobre todo, la ausencia de juicio y de desdén, me basta.

Pero no puedo, ya no puedo continuar. Aunque ello signifique el exilio forzoso, no acabaré mis tres años. Voy a desertar. Del ejército y de este país del que ahora es su identidad. Para empezar, iré a ver a mi familia americana. Ya veremos adónde me lleva todo esto.

JOACHIM, 1986

¿Será esta la última palabra? He escapado a los nazis y trabajado como un burro para construirnos un hogar o algo parecido, para metamorfosear poco a poco este desierto en tierra generosa, en un jardín donde olvidar la fealdad del mundo, ¿y van a ser los productos químicos, los malditos fertilizantes, los que van a acabar conmigo? Me dicen que me estaban consumiendo desde hacía años, que los dolores en la parte baja de la espalda, en el vientre, en los pulmones, no eran por el desgaste del trabajo en el campo, ni siquiera por el tabaco. Al parecer, he respirado, al pulverizarla, suficiente mierda volátil como para matar a un pueblo entero. También ha podido entrar por la piel. A los médicos les cuesta trabajo creer que haya podido aguantar de pie hasta ahora. Soy un viejo animal obstinado, es en lo que la vida me ha convertido: he avanzado recto, cumplido con lo que yo creía que debía cumplir, mientras mis piernas me sostenían, mientras aún encontraba al despertar fuerza suficiente para levantarme. Y un buen día, ya no hubo nada más, ni ímpetu, ni ganas, ni fe, ni fuste, nada. Fue al final de un día particularmente agotador. Por la mañana, me costó un trabajo horrible salir de la cama, y la cosa empezó a crecer, una angustia, una certeza que tomaba forma conforme pasaban las horas. Me pilló en medio de los campos, bajo la bella luz del atardecer. No tenía fuerza para volver a casa. Me tumbé boca abajo sobre la tierra tibia y cerré los ojos. Me encontraron unos jovenzuelos. Creo que también me habría gustado que me olvidaran allí, con la mejilla contra el suelo irrigado, vivo, que es mi obra y mi casa. Habría terminado fundiéndome con él, reuniéndome al cabo de una inexorable y digna desintegración con ese reino vegetal en el que he encontrado refugio desde hace mucho tiempo.

Pero será en una habitación de hospital de techos bajos donde se perderá mi último aliento, no en la intimidad de la tierra labrada, mi hogar y mi veneno, bajo el cielo infinito de Galilea.

Al menos puedo decir adiós a mis hijos y a mi paloma, desconsolados. Elie, que siempre está de viaje en algún sitio por sus documentales o quizá simplemente por la necesidad de tomar aire, y Noam, mi pequeño, el exiliado más o menos voluntario, se

desplazaron expresamente para la despedida. Dov, el fiel, nunca se fue. Llegó el primero a mi lecho de muerte. Pegado a mí. Cuando recuperé la consciencia fue a él a quien vi, inclinado sobre mí, diligente e inquieto. Así es Dov, siempre se puede contar con él. No sé de dónde le viene ese fuerte sentido de la responsabilidad. Francamente, cuando después del ejército sacó arrastrando de la habitación su pierna herida, de fiesta en fiesta y, luego, de un país a otro en todos los continentes, no habría apostado ni un kopek por que volviera a recuperar la estabilidad. Por que volviera simplemente, en realidad. Y al final es él el más razonable, el que se desloma y más seriamente desempeña su papel junto a nosotros.

Aquí están los tres junto a mí, bromeando, discutiendo como siempre en casa cuando se masca la tragedia y no hay nada que hacer. Me cuesta hablar, aunque tampoco es que tenga mucha confianza en las palabras, sobre todo sabiendo que serán las últimas, y que permanecerán, es terrorífico. Durante un segundo pienso en confesarles las dudas que me corroen —para organizar un simple campamento primero, del que nacería el kibutz del que he estado tan orgulloso, tuvimos que expulsar a varias familias. Que yo conocía. Que me habían recibido sin recelo. Bueno, se reubicaron no lejos de allí. Pero ¿teníamos derecho a actuar de ese modo?—. Renuncio en el segundo siguiente. Todo está demasiado embrollado, no sé qué contar. Les cojo las manos y confío también en sonreír al menos con los ojos. Léna, mi valiente Léna, me recompone las sábanas y la almohada, se pelea con los chicos como si tuvieran doce años, se ocupa de mil cosas estúpidas y sé que sin eso, sin esa agitación vana, se derrumbaría. No hay nada concluido. La paz se resiste aún, probablemente se resistirá para siempre, por esa facilidad de los hombres para echarlo todo a perder, nuestros hijos crecen más o menos rectos pero atormentados, hartos de nuestros dramas y de lo que tendrán que afrontar, ¿y la dejo sola? Mi Léna es dura como una roca, estará a la altura y no digo que sin mí esté perdida. A pesar de este compromiso, de la elección de vivir en este país donde todo es combate, este país del que nadie puede afirmar que ahí seguirá después de nosotros, los tenaces, a los que el horror nos pisaba los talones, ¿cómo se las arreglará cuando yo ya no esté a su lado para conducir esta existencia que jamás la satisfizo? Me habría gustado marcharme menos preocupado.

LÉNA, 1991

Pero ¿qué les pasa a mis chicos para no saber seguir casados? ¿Acaso es algo que se transmite junto a todas las cargas del pasado? ¿Se me recuerda a través de ellos mis errores de niña que acababa de bajar del barco? ¡Venga ya! No hay «se» que valga, y su falta de constancia probablemente tenga más que ver con este país intranquilo donde los trajimos al mundo.

Lo de Dov y su dulcinea estaba cantado, hoy lo veo con claridad cuando vuelvo a pensar en la secuencia de los hechos. Demasiada pasión y prisa en esa historia. Apenas nos había dado tiempo a que nos presentara a la elegida, una americana guapísima y superficial, apegada a una libertad incompatible con nuestra forma de vida, con todas esas obligaciones y, sobre todo, el peso, el del pasado y el del futuro, y ya se estaban casando aquí, en el kibutz, al mismo tiempo que otros jóvenes no menos confiados. La fiesta fue bonita, pero su padre y yo apenas fuimos más que simples invitados. Puede que estas bodas colectivas comprometan menos, diluyan en la masa la conciencia de unirse de modo duradero. El caso es que pocos meses más tarde, la recién desposada se marchaba a Nueva York del brazo de otro de nuestros hombres. No le he guardado ningún rencor. No estaba hecha para lo que le habría esperado aquí. Me alivió secretamente. Me alegró incluso. No me tomé en serio la tristeza de Dov. Es mi método tantas veces experimentado: si no creo en algo, es que no existe. Vale tanto para el peligro como para los sentimientos inoportunos. Miré hacia otro lado hasta que mi hijo estuviera aparentemente recuperado. Y me repetía que eso lo había ayudado mucho más que un exceso de atención y de ternura. Solo cuando Anna, en respuesta a la carta en la que yo le explicaba el asunto, se preocupó por el estado de Dov, me puse colorada de vergüenza. ¿Es esto lo que estoy aprendiendo aquí? ¿La indiferencia? ¿Me estoy convirtiendo en una piedra sin alma? Claro que no. Claro que todo lo que hace daño a mis hijos me atormenta. Solo que me he acostumbrado a disimularlo, también a mí misma. De cara a la gente, el resultado, lamentablemente, es idéntico, y Dov pudo pensar que su tristeza me importaba poco.

Como suele ocurrir, el destino no tardó en darme una buena lección. Por el contrario, el divorcio de Elie, después de años de una bonita unión, me mata. Mi corazón, que yo creía de piedra, se desmorona. Nada mitigaba el dolor de verlo dejar a la madre de sus dos hijas adorables; una, testaruda y decidida, y la otra, soñadora, con el aspecto delicado de una mariposa. Su pareja parecía, sin embargo, ideal: misma profesión, mismas ideas, misma lucha incesante para despejar las dudas, so pena de pasar por traidores a nuestra causa. Nora es cineasta, como Elie, busca sin descanso filmar la verdad, no duda en ir a manifestarse cuando se trata de denunciar la injusticia o, al contrario, con alegría, de fomentar los esfuerzos para la paz. No siempre estábamos de acuerdo. Me habría gustado, en particular, que disuadiera a Elie de llevar su trabajo sobre el ejército contra la Intifada hasta sus últimas consecuencias. En vez de eso, lo animó, y tal vez fue esa obsesión suya, de él, ese gota a gota durante meses de revuelta y de hastío, lo que precipitó su alejamiento. Sin embargo, admiraba y admiraré siempre la inteligencia y la rectitud de Nora. Cuando nacieron las pequeñas, me habría gustado que los dos se tranquilizaran un poco, que fueran un poco más padres y un poco menos militantes, pero ¿cómo confesarlo? ¿Cómo reprocharles su vigilancia, desgraciadamente, necesaria? Debería haber valorado ese tiempo relativamente bendito. Al menos estaban juntos. Se marchaban a menudo y cuando estaban, sus pensamientos permanecían en otro lado. Juntos, no obstante. Y entonces Elie va y se encapricha de otra, y deja mujer, hijas y país, así, a lo loco. Aquí estoy para ocuparme de las niñas cada vez que Nora me lo pida. Pero eso no sustituye a un padre que se esfuma de un día para otro.

¿Va esta tierra a expulsar uno a uno a todos mis hijos? Noam está lejos de volver. También él ha encontrado a alguien, una joven riquísima y refinada, y ya están pensando en casarse. Me alegro por él, por supuesto, pero al mismo tiempo me asusta que sea digerido por ese mundo que no es el suyo. No digo ni una palabra de esta inquietud. Cuando hablo con Noam por teléfono, solo me permito esas pequeñas alegrías y tristezas habituales, y creo que mis dudas no afloran.

Al menos Dov no parece querer marcharse. Hace poco se ha ido a vivir en pareja, con una bella mujer imprevisible, de la que temo, sin razones objetivas, tal vez porque es dulce y aún sabe soñar, es un poco artista, cierta tendencia a la ociosidad. Él trabaja demasiado y demasiado duro, me preocupa. La música se acabó. No se ganaba la vida. Se metió en la informática. Ahí es donde hay trabajo hoy. Desde la muerte de su padre, es mi guardián ceñudo. Me llama todos los días, y todos los días discutimos. Así nos hemos querido siempre él y yo, ladrándonos.

ELIE, 1993

Mi película se estrena esta semana y tengo la impresión de estar eléctrico, porque no paro de rumiar y de dar vueltas y de sentir miedo y de estar loco de contento también. Voy a correr por la playa, monto en bicicleta durante horas por entre los viñedos, mantengo mi cuerpo ocupado, lo agoto casi, hasta que el letargo conquista también mis pensamientos. La paz es breve. Sin embargo, en ningún momento me arrepiento de haber comenzado este trabajo. Estoy convencido de que es bueno mostrar todas las verdades. Pero una cosa es saber que un planteamiento es legítimo, indispensable en mi opinión, y otra muy distinta es defenderlo, sobrellevarlo, asumirlo en lo que tiene de terriblemente perturbador. Después de haber recopilado esos testimonios de soldados, de oficiales, tenía que marcharme. No podía permanecer en el lugar del «crimen», en el territorio envenenado de la violencia infligida y sufrida, si quería que de todo aquello surgiera la película que deseaba: desnuda, desprovista de comentarios, en la que la brutalidad de las imágenes y la fuerza negra de los relatos bastaran para revelar, tal como deseo, una forma de deriva y hasta de maldición. Vivir aquí, en la dulce California, me ayuda a no caer en la locura. Mal que bien soy capaz de abordar este trabajo con distancia, yo que estuve metido en esta violencia hasta el cuello, aunque solo fuera constatándola, documentándola sin intervenir. ¿Y qué habría podido hacer en cualquier caso?

Nada nos preparaba para esto. Y fue algo particularmente duro para los más jóvenes de nosotros, que llegaron convencidos de la legitimidad de esta misión y que fueron dudando poco a poco (para algunos, los más violentos, por el contrario, redoblando el celo, disfrutando del ejercicio de una forma de terror y de dominación), mientras obedecían las órdenes. Responder a una revuelta conducida por niños no es combatir, no es para eso para lo que nos han formado. Maltratar a prisioneros hasta que se derrumben no es combatir. Es aceptar que se saca de uno mismo lo necesario para hacer daño sin pestañear. De eso rara vez se sale indemne, se ve con claridad en la mirada velada, que apunta hacia un abismo interior, de los hombres que han aceptado reaccionar ante mi cámara, con imágenes a veces insoportables de su ensañamiento. ¿Y qué hace uno después de esta

constatación? ¿Cómo sobrevivirá el país a aquello en que nos convierte el estado de guerra permanente? Entiendo que me guarden rencor. También yo me lo guardo, a veces, por haberme aventurado por este camino. Sé que para los míos quizá sea todavía más difícil que para mí. Yo lo he escogido, estoy acostumbrado a las contradicciones profundas (el apego a este país y el asco frente a lo que ha implicado su creación y su supervivencia, la convicción de que esta supervivencia es necesaria, pero no por esta vía, no despreciando a una parte de la población, la voluntad de denunciar y la crispación interna en cada recuperación), estoy habituado a la hostilidad que provoca siempre la búsqueda de la verdad cuando es compleja y a veces brutal. Mis hermanos, mi madre comparten mis convicciones, pero les cuesta más defenderlas. Noam porque se libró del ejército, porque se marchó sin entregar su óbolo de brutalidad. Mi madre porque sueña con la tranquilidad para ella y para nosotros. Y además, cuando denuncio lo que ocurre en el país que ella escogió para sí misma, que escogió para nosotros, viene a ser un poco, aunque no era mi intención, como entablar un juicio contra ellos, ella y sus compañeros de los inicios. Ella dice también que en pleno proceso de paz no es el momento de remover nada. Dov, por su parte, rumia y comenta la actualidad mascullando. No sin cierto sentido de la provocación; no duda, por ejemplo, cada dos por tres, en calificar el kibutz de «primer asentamiento ilegal» y en contar a los extranjeros que están de paso la Nakba, el desastre que supuso la marcha de los palestinos en el 48. Se suma a este dolor, a este trauma de sus amigos árabes, quienes lo reciben como si estuviera en su casa, pero también colecciona fotografías que dan testimonio de la fundación y el desarrollo de nuestro kibutz natal desde la nada, esas fotos que muestran a los pioneros como héroes, los aventureros de su época. Clasifica, archiva, muestra esos documentos, no puede disimular el orgullo de haber nacido allí, en esa tierra portadora de esperanza y que debía protegernos para siempre. El ejército lo dañó, y no solo en su carne y en sus huesos. Pero mi trabajo, lo sé, lo hiere, lo obliga a ser solidario, porque es mi hermano, con un proyecto que él no habría emprendido. Su indignación y sus ataques de ira no duran mucho, se expresan mediante peroratas eruptivas a las que sigue el silencio. En eso es el digno sucesor de nuestro padre, quien, como él, estallaba a menudo y luego se consumía por dentro con la boca sellada, gestos repetidos hasta la extenuación. Ya se sabe adónde lo condujo eso. A mi rabia la contengo y le doy forma, trato de mostrar su finalidad, todas las manifestaciones del ciclo infernal del terror. Vaya adonde vaya y haga lo que haga, soy cautivo de la guerra. Lo quiera o no, es el territorio atormentado y desgarrador donde vivo.

LOS CHOQUES

NOAM, 1994

¿Cuántas veces he imaginado mi regreso? Los años que siguieron a mi marcha solo me lo permitía involuntariamente, en el secreto de mis sueños pantanosos, de los que me despertaba sudando de angustia, con el corazón desbocado. En ellos deambulaba sin fin por un paisaje extraño, aunque familiar, todo me era reconocible, pero todo se deformaba, se difuminaba, y cada persona que me cruzaba, desconocida o cercana, me daba lentamente la espalda, se negaba a darme la mano, ese gesto mío cargado de emoción, de una ternura contenida durante demasiado tiempo, oponía el silencio a mis palabras cada vez más confusas. Cuanto más avanzaba, más se difuminaban los vínculos, las referencias, el lenguaje. Tuve esa pesadilla tan a menudo que terminé por acostumbrarme. A fin de cuentas, era una manera como cualquier otra de volver a mi casa. Y después conocí a Lara, y juntos deshicimos, en el impulso del amor naciente y su poder de apaciguar, el nudo apretado de mi culpabilidad y mi vergüenza. El sueño ha cesado, o ya no lo recuerdo por la mañana y, por lo tanto, ha dejado de turbarme. Lara decía que no había tenido elección, que era eso o acabar muerto y entonces no nos habríamos conocido. Para ella, que solo veía la felicidad de nuestra incipiente historia, yo no había traicionado ni a mi país, ni a mis camaradas. Había reaccionado como un hombre de paz al que nada había podido convencer de renunciar a ello. Me gustó escucharla reescribir mi historia con sus reservas inagotables de fe en un mundo en el que los hombres no tienen por qué destrozarse inexorablemente. Por supuesto, mi lado trivial, mi lado israelí tejido de ideal y de lucidez, sabía que Lara me ofrecía una redención demasiado simple. Pero lejos de mi tierra natal, lejos del lugar de mi conflicto, podía aceptarla. Eso hice. Y todo se fue encadenando. Nuestra boda fue digna de una producción hollywoodiense. Me sentía vagamente sorprendido por formar parte del reparto. Discurrí por ella en un vaivén que no solo era de felicidad, como cabía esperar. Veía a Aba contemplar desde no sé qué confines por los que ahora vaga, todos esos fastos y esa pompa con la ceja arqueada, y en los labios su famosa sonrisa socarrona. Me niego a interpretar esa aparición. Su influencia me persigue, nada extraño.

Impregnado de mi nueva felicidad y simbólicamente escoltado por mi esplendorosa nueva familia, con mi reciente mujer a mi lado, estaba listo para volver a pisar el país prohibido. Ima, que no suele ser optimista, decía que todo parecía arreglarse, que tal vez viéramos pronto el final de ese interminable conflicto. Ese era también el sentimiento dominante en casa. Por fin, en mi segunda casa, en los Estados Unidos: el apretón de manos entre Rabin y Arafat había creado malestar, evidentemente, pero al mismo tiempo una esperanza que desde entonces crecía en mí como hiedra tenaz: imaginaba que en el alivio, en el increíble alivio después de tantos años de drama, tantos muertos, todas esas vidas construidas alrededor de un incendio constante, mi gran culpa, mi imperdonable deserción, quedaría atrás. Y entonces, ¿quién sabe si no habría una vida posible para nosotros y nuestros hijos en esa tierra en la que la historia atormentada de los nuestros me había llevado a nacer?

Tomamos, pues, la decisión aún impensable para mí hasta hacía poco de volver al lugar de mi «crimen». Y no me desintegré bajo el oprobio. Como apenas me atrevía a esperar, habíamos pasado página. Pronto el país no tendría que entregar a sus jóvenes como sacrificio, no íbamos a sacar a relucir de nuevo los viejos asuntos. Lara tenía razón: todo el mundo estaba de acuerdo en pensar que había salvado el pellejo y que había hecho bien. El improbable cuento de hadas continuaba: nuestra estancia se desarrollaba a las mil maravillas, se sucedían reuniones y reencuentros llenos de alegría y emoción. Ya no me sentía ni traidor ni cobarde, sino casi admirable, rodeado de la aureola de mi sueño americano. E incluso si la ansiedad de mi madre no fomentaba mis ganas de vivir de nuevo cerca de ella, del mismo modo que sabía que junto a mis hermanos seguiría siendo el pequeño, el frágil, se me partía el corazón con la idea de marcharnos, y Lara y yo, en el coche, de vuelta del kibutz, barajábamos la posibilidad de dar el paso. Nos imaginábamos construyendo nuestro nido en la efervescencia de Tel Aviv, a una distancia saludable de los miembros de mi familia, pero con la posibilidad de verlos cuando quisiéramos. Me gustaba la idea de que Israel no fuera solo un lugar de visita para nuestros futuros hijos. En eso estábamos, planeando distintos escenarios felices y plausibles, cuando el dominguero se nos llevó por delante.

4 DE NOVIEMBRE DE 1995

«*Oriente Próximo. El sábado por la noche en Tel Aviv, al final de una concentración en favor de la paz, el Primer Ministro israelí, Isaac Rabin, falleció por las balas de un joven israelí de 27 años, próximo a los círculos sionistas de extrema derecha. La sociedad israelí está conmocionada ante el hecho de que un judío haya asesinado a otro judío. El proceso de paz se encuentra tocado a medio camino. Simon Peres recoge el testigo*»

La Croix, 5 de noviembre de 1995

DOV

¿Dónde estaba yo cuando asesinaron a Rabin? En esa puta plaza con ciento cincuenta mil compatriotas míos llenos de esperanza. Había tenido un día infernal en el trabajo, problemas y más problemas, como solía ocurrir en esa empresa en la que el jefe arrogante se había autoproclamado especialista de la informática, cuando lo único que tenía era el dinero de papá y una jeta descomunal. Se pasaba todo el tiempo gritando a los empleados y yo tenía que chuparme a los clientes cabreados, con todo el equipo a punto de implosionar. Los marrones a punta pala me los iba comiendo yo. Ese día había sido peor que ninguno y casi llamo a Mira para decirle que estaba hecho polvo y que mejor fuera a la manifestación sin mí si no quería ir tirando de un muerto. Pero para una vez que nos concentrábamos por algo alegre, para una vez que se vislumbraba la esperanza de acabar con la omnipresencia del conflicto en nuestras vidas, hice de tripas corazón, me lavé la cara con agua helada y me reuní con Mira, que ya estaba en el lugar con muchos de nuestros amigos, vecinos y miles de desconocidos a los que nos unía la emoción. Bueno, no nos imaginábamos que todo fuera a arreglarse de un día para otro. Conocemos este país y su tendencia a crear madejas de complicaciones a medida que se van desliando otras. Al mismo tiempo, hemos aprendido a alegrarnos de la más mínima victoria, de la menor perspectiva de pacificación. Basta a cada día su propio mal, y su propio bien, por pequeño que sea.

Vuelvo a verlo, a Rabin el tímido, el discreto, entusiasmado, cantando a la paz con toda la gente, desafinando horriblemente, a decir verdad, destrozando mis oídos melómanos. Nos importaba un comino. Joder, ¡qué bueno era estar allí! Formar parte de ese cuerpo ruidoso, múltiple y febril.

No nos enteramos inmediatamente de lo que había pasado, ese desastre cuyo alto precio aún pagamos hoy. Una mala onda, una tensión repentina atravesó la explanada repleta incluso después de que Rabin hubiera dejado el lugar. Regresamos vagamente preocupados, aunque inundados todavía de alborozo, de las promesas de esa noche. Muchos jóvenes, en la plaza, todavía bailaban y cuando después vimos

las imágenes en la tele, esa muchedumbre despreocupada mientras que a dos pasos de allí se llevaban a Rabin moribundo y detenían a su asesino, se nos puso el corazón en un puño. En el camino de vuelta, aunque la calle empezaba a murmurar sobre el terrible anuncio, no llegaba a oírse, o bien a través de una especie de envoltorio de alegría.

Pese a todo, encendimos la tele al llegar a casa. Cuando, un poco más tarde, vimos llorar al chófer de Rabin, no tuvimos más remedio que empezar a entender que el rayo de sol, ya, se había disipado.

NOAM

Estaba postrado en una cama de hospital, en Tel Aviv, después de mi enésima operación tras el accidente, ahí estaba cuando asesinaron a Rabin. Lara se había marchado unos meses antes y yo sentía, incluso a distancia, que a mi princesa cada vez le costaba más trabajo acostumbrarse a este chasco de su bonita boda, a este frenazo en pleno impulso. Ella se había recuperado más o menos de sus heridas, pero daba la impresión de que me guardaba rencor, se adivinaba en su voz cuando se seguía quedando a la fuerza junto a mi cama o, más tarde, en su llamada diaria, mientras se tomaba un cóctel en la piscina —sí, la vida de Lara era esa— y yo, con vendas en diversas partes del cuerpo, conectado a varios aparatos de vigilancia y a un gotero de analgésicos. Pese a sus esfuerzos, notaba la tensión y la irritación en cada una de sus palabras. La entendía un poco. ¿Qué iba a hacer con ese marido hecho trizas, al que habían reparado mal que bien con ayuda de gran cantidad de placas y tornillos sin que eso permitiera afirmar que un día retomaría el curso normal de su vida? Se acabó el cuento de hadas. En aquella época, pensé a menudo que Lara habría preferido que muriera. Habría resultado mejor y yo habría sido una carga menor para ella.

Me estaba muriendo de aburrimiento entre cuatro paredes de un blanco amarillento, de las que me conocía cada imperfección, cuando me enteré de la noticia. Desde la cama había seguido los avances del grupo por la paz. Hablaba de ello con Dov cuando venía a verme. Yo pensaba: qué ironía, Ima no se había equivocado, las cosas terminan por arreglarse y miradme a mí.

Pero era sin tener en cuenta las contradicciones de este país. Tuvo que ser uno de los nuestros (¿podemos decir eso, no obstante, porque es judío, de alguien de quien todo nos separa, de alguien que nos ha causado puro horror?) el que nos condenara nuevamente al fracaso, y para mucho tiempo. Lo que pensé de inmediato —quizá porque ya no vivía allí, solo estaba atrapado y, por eso mismo, tenía algo de perspectiva o hasta de indiferencia— es que todo se había ido al carajo.

ELIE

Pues yo estaba en mi bicicleta, para variar, cuando asesinaron a Rabin. Me había ido varios días de excursión, sin teléfono, sin noticias ni nada que pudiera perturbar ese tiempo de silencio y de reflexión que suelo concederme con regularidad para que no se me vaya la olla. Mi película sobre el ejército me granjeaba desde hacía años reacciones diversas, pero siempre exacerbadas, siempre perturbadoras. En todos los festivales en los que la presentaba, en cualquier sitio por donde pasaba para explicar mi planteamiento, para añadir palabras a la obra que sin embargo debería haberse bastado a sí misma, recibía apoyos y agresiones a partes iguales. Los apoyos podían estar tan cargados de un júbilo dudoso, de un antisionismo triunfante, o hasta de un antisemitismo apenas oculto, que, por lo general, se revelaban más insoportables que los ataques. Aún no me arrepentía de ese trabajo, pero me daba cuenta de hasta qué punto era más fácil denunciar o, en todo caso, mostrar las derivas de tu país en tu país, como criticar a tu propia familia en familia, que en el extranjero, donde la fila de los que aguardan para descuartizarte es larga. No podía evitar sentirme un poco traidor, un poco colaboracionista. No dormía tranquilo. Así que necesitaba cortar con todo, hacer pausas en ese día a día asfixiante. En cualquier caso, con Ima, mis hermanos y mi exmujer hablaba por teléfono con regularidad y compartía su prudente, aunque real, alegría de ver asomarse una solución. Por fin un resquicio. Quería creer tanto como ellos.

Estuve pedaleando durante dos días por entre las colinas doradas, durmiendo bajo un cielo hechizante, rodando por terrenos que dominaban el océano, o en la frescura de los bosques, su intimidad, atravesando la luz calada que me recordaba los aguacates, en nuestra casa, junto al kibutz; luego, de vuelta a casa, con los músculos tensos y el corazón en calma, encendí mecánicamente el televisor. Solo hablaban del asesinato.

LÉNA

Por estúpido que pueda parecer, estaba durmiendo cuando asesinaron a Rabin. ¡Estaba durmiendo, yo que me tomo esto tan a pecho! Estaba fastidiada, lo recuerdo, y solo había visto el principio de la retransmisión en la tele. Para la ocasión, nos habíamos vuelto a reunir en la sala común para seguir juntos el acontecimiento. Desde hacía años, cada uno veía el programa que quería en su casa. En realidad, desde que teníamos televisores personales, el kibutz estaba cambiando. No nos habíamos dado cuenta de la relación hasta que ya era demasiado tarde, una vez consumada la revolución negativa.

Aquella noche éramos muchos y muy charlatanes frente a la pantalla, jóvenes y viejos juntos, surgían bromas por pudor, para enmascarar la emoción. Había hecho el esfuerzo de salir de mi casa, pese a un inicio de fiebre y a tener dolores en todo el cuerpo. Era un momento feliz como no habíamos conocido desde hacía una eternidad. Sobre todo para la familia, tan duramente golpeada por el terrible accidente de Noam y su vida hecha añicos desde entonces. Tuve tiempo de ver el gentío, en Tel Aviv, y a nuestro Rabin olvidándose de su discreción para dejarse llevar por la alegría. Ya no me tenía en pie. Volví a casa reconfortada, conversando en mis pensamientos con Joachim durante el camino. Quizá no has hecho todo esto en vano finalmente, sobrevivir, fundar este lugar desde la nada, desearlo reverdecido y floreado, pero también productivo, para las generaciones futuras, para las que presentías que no podrían contar con la persistencia de los valores de reparto e igualdad que habíamos soñado y conocido. Quizá este país va a convertirse en un país como los demás.

Malas voces producían un pequeño ruido en el fondo de mi cabeza. Esas voces que nunca creen en nada. Me tomé una pastilla para dormir y me metí entre las sábanas frescas.

Cuando me desperté, al día siguiente, las voces habían triunfado.

ANNA

¿Que dónde estaba cuando asesinaron a Rabin? En mi casa, probablemente. Recuerdo haber llorado. Había vuelto a hablar por teléfono con mi hermana el día anterior y por primera vez desde hacía mucho tiempo (¿desde siempre?) la había sentido un poco optimista. Me había contagiado. Era tal el alivio de la perspectiva de una paz posible… Lo que me alegraba era cambiar por fin, después de todos estos años, el tipo de relación entre Israel y yo, sustituir el vínculo de inquietud por una atención más ligera. Me imaginaba ya haciendo el viaje sin tener en cuenta el riesgo o, en todo caso, la tensión, sin tener que superar las reticencias de Léna, que, estos últimos años, prefería venir a Francia antes que recibirnos allí, y encontraba mil razones para disuadirnos. Desde la guerra y la angustiosa sucesión de desplazamientos cuando no era más que una niña, nunca me ha gustado viajar. Me dejaba convencer con bastante facilidad. Mamá también, antes de no poder salir de la cama, escogía pasar cada vez más tiempo aquí. Nunca se había acostumbrado realmente al país de sus viejos días. Cada vez que se marchaba, por lo general al final del verano, me sentía liberada de un inmenso peso —la ansiedad y el sentido trágico de mi madre cubrían de espinas el día a día— y daba gracias a mi hermana por asumir esa parte de nuestros deberes filiales. Intentaba no pensar demasiado en el coste que eso le suponía de irritación constante, de discusiones, de problemas, que, a la larga, son un temible veneno, lo sé. Nuestra madre nunca ha sido fácil de querer. Notaba perfectamente cómo las niñas sentían el aura de depresión y de pesimismo que emanaba de su abuela. Incluso cuando pasaba meses con nosotros, su exasperación impedía una conversación enriquecedora y un verdadero afecto. Mi dificultad para sentirme realmente cercana a ella, para ir más allá de los cuidados, de la intendencia, de un mínimo decente, para dirigirme a ella sin anticipar la irritación, probablemente tenía algo que ver. Afortunadamente, Léo y su amabilidad, su paciencia a prueba de bombas, hacían las cosas más llevaderas. Tuvo ella que morir para que su recuerdo fuera más tierno, para que nos acordáramos riéndonos de sus rasgos de carácter, de sus payasadas que tomábamos por torpezas, pero que seguramente eran voluntarias. Porque sí que podía ser graciosa a ratos mi madre.

Cuando anunciaron el asesinato fue en ella en quien pensé en primer lugar, en ella, que era incapaz de creer en una solución, no mientras estuviera viva —en eso no se había equivocado— y que, imaginármelo me crispaba, se habría regocijado mientras se lamentaba si aún hubiera estado en este mundo. Luego me acordé de mis sobrinos, de su segura inmensa decepción, de mi querida hermana, mi hermana que estaba en primera línea, para quien probablemente nunca llegaría el tiempo de la despreocupación, mi hermana a la que le confié el cumplimiento de la vertiente más ingrata de nuestro destino común, y lloré de desánimo.

MARIE

Honradamente, no tengo ni la menor idea de lo que estaba haciendo cuando mataron a Rabin. No estoy segura de haberme enterado inmediatamente. En aquella época era una jovencísima madre, más ocupada de las cuestiones banalmente domésticas: alimentar a mi bebé, cuidarlo sin entrar en pánico a la menor alerta, calmar sus llantos —su duración y frecuencia, hasta los seis meses, batían todos los récords y no soportaba ningún consejo—, que por los sobresaltos del mundo, aunque, en aquella ocasión, el país en cuestión me afectaba directamente, lo quisiera o no.

Recuerdo, pese a todo, que me impactó. En Francia, nuestra generación no estaba habituada al asesinato político. Nos parecía de una violencia inaudita. Los acontecimientos recientes se han encargado de acostumbrarnos poco a poco.

Así que la noticia fue como un mazazo, pero sin comprender sus implicaciones. Empecé a clarificar tardíamente mi complicada relación con el país donde, sin embargo, vive una parte de mi familia materna. Por aquel entonces trataba aún de evitar cualquier discusión sobre el tema, dividida entre una sincera empatía, carnal, casi genética, y la conciencia de una situación insostenible, injustificable en algunos aspectos. Era imposible, y eso no ha cambiado, abordar la cuestión sin percibir la mayoría del tiempo, engullido detrás de palabras más o menos objetivas y sensatas, un odio desmesurado. No sabía, y sigo sin saber, afrontar esto. Solo puedo razonar a escala de individuo, defender un recorrido, no rendir cuentas por un país entero, con el pretexto de que, de manera profunda, laberíntica y más bien dolorosa, estoy unida a él. Frente al odio, sobre todo cuando está enmascarado, me enciendo.

Habían matado a Rabin, y claro que estaba conmocionada, pero no era asunto mío, no realmente. Eso era, al menos, lo que quería creer, y seguí viviendo mi vida.

JOACHIM

Es fácil imaginar que me removí en la tumba en la que estaba, como ya se sabe, cuando asesinaron a Rabin.

LOS AJUSTES

MARIE, 1999

Me alegraba muchísimo, pero también se me hacía un mundo recibir a Noam el mártir. La última vez que nos vimos, sus miembros indemnes no llevaban placas ni tornillos, y su rostro no había sufrido violencia alguna. Ignoraba si su calvario se veía, pero en mi espíritu se había fraguado una imagen terrorífica e imprecisa (como mi tía ya no vivía cerca de su hijo, la fuente de la que manaban fotos suyas se había secado) y tenía miedo de que me impactara ver a mi primo. No soportaba la idea de que él lo notara. Recordaba su suavidad muda, en el kibutz. No quería herirlo bajo ningún concepto. Me asustaba en la misma medida en que la esperaba su llegada a nuestra casa, donde se quedaría unos días antes de marcharse a Australia, su nuevo país.

Cuando le abrí la puerta, descansé interiormente: el hombre que estaba delante de mí era ciertamente distinto del de mi recuerdo adolescente, más musculoso y marcado, pero estaba a miles de leguas de la visión horrorosa y fantasmal que me había hecho de su apariencia real. Y su calidez inmediata, su escucha y cortesía terminaron por tranquilizarme.

En realidad, Noam se mostró maravilloso mientras no abordáramos las consecuencias de lo que le ocurrió. Puede, sin alterarse ni dejar entrever ninguna fisura, describir sus recuerdos muy fragmentados del accidente o enumerar con múltiples detalles las operaciones que han jalonado su existencia desde entonces. De la cabeza a los pies, no hay lugar de su cuerpo que se haya librado de los daños y, luego, de las reparaciones sucesivas e innumerables. Habla de ello de mejor grado en la medida en que hoy está casi nuevo, es capaz de llevar una vida normal a costa de dolores que se le han hecho familiares y va sobrellevando. También habla de la pintura, su trabajo apasionado en torno a la geometría y a los colores. Esa indagación y la felicidad que le proporciona son una reinvención de su oficio de paisajista, que lo unía a su padre y al que lamentablemente tuvo que renunciar por falta de fuerza y de movilidad. No descarta retomarlo algún día. Mientras tanto, crea jardines abstractos. Al descubrir los muchos cuadros de mi madre, en las paredes de nuestra casa y en la de mis padres, cuando después fue a visitarlos, creyó adivinar en ellos una proximidad, o al

menos un puente, entre ellos y nosotros. Lo conmovieron.

De lo que no hay que hablar en ningún caso, lo entendí demasiado tarde, es de su matrimonio destrozado. Su cara se transforma entonces y es como si al final aparecieran cicatrices, como si sus rasgos se mantuvieran juntos nada más que por propia voluntad. El recuerdo de su decepción, por no decir de su amargura, lo priva repentinamente de esa voluntad. Al hablar de la falsedad revelada de su exesposa, de la princesa que según él se convirtió en arpía ávida y sin corazón, se descomponía ante nuestros ojos. El hombre tierno convivía ahora con un ser lleno de ira y de desconfianza, y eso es lo que queríamos arreglar, pero ¿cómo? ¿Qué palabras pueden devolver la fe a quien creyó y fue traicionado? Habríamos podido pensar que su estancia en nuestra pequeña familia, imperfecta sin duda, pero en la que el respeto y el afecto son ley, lo reconciliaría con la idea, o aun el proyecto, de una relación amorosa. Pero lamentablemente creo que ocurrió lo contrario, sin que pudiéramos hacer nada. Noam no mostraba ninguna hostilidad, pero la ironía surcaba sus palabras como si fuera polución.

Era tan frustrante y triste que, pese a su enorme amabilidad, su presencia atenta y su finura, confieso que me sentí aliviada cuando lo vi marcharse.

NOAM, 2000

De los dos, eres la primera en recordar que ya nos habíamos visto. Nos hemos contado mil veces el milagro de esa coincidencia, nosotros, gotas de agua en el océano de un continente extranjero: han pasado casi cuarenta años, pero me reconoces, Rosie.

Está esa fiesta en casa de amigos comunes, antiguos del kibutz, en Sídney, adonde llegué poco tiempo antes y donde tú vives desde hace algunos años. Vas sin entusiasmo, eso me contarás después, tomando conciencia de que casi dejamos pasar de largo nuestro destino. Tu hijo, allí, en Israel, comienza su servicio militar y sufres por estar tan lejos de él. Estás hablando sin ganas con nuestros anfitriones cuando aparezco. Mi mirada no ha cambiado, me contarás riendo. Es la del niño con el que jugabas, en el kibutz, cuando teníamos seis o siete años. Te observo, pero notas perfectamente que no establezco la relación entre la mujer imponente y espléndida, de melena ondulante y formas generosas, en que te has convertido y aquella niñita de nuestros juegos, esa niña con cierta pinta de niño, que compartía mi amor perenne por los animales y las flores.

Me dejas, sin embargo, que me presente. Querrías tener la paciencia de esperar que vayan surgiendo poco a poco de mi pasado los recuerdos que te demostrarían que me dejaste huella, aunque fuera contenida, pero no quieres correr el riesgo de que me aleje. Cuentas que crecimos juntos, al mismo tiempo que dices tu nombre. En un susurro. Tu febrilidad te ruboriza. Entonces no sabes si yo me doy cuenta, pero ves esa sonrisa de medio lado y, en mis ojos, ese brillo en el que pronto dirás que reconoces a mi difunto padre, su agudo ingenio, su benevolencia y su melancolía. Busco concienzudamente en mi memoria y voy recuperando retazos que rápidamente empiezas a desempolvar, a reavivar. Esa primera noche no paro de hablar.

Pronto proclamo, y tú no sabes si se trata de una provocación o si es algo que me entristece, —ni siquiera yo lo sé— que no creo en la bondad de las mujeres. Todo sale a continuación: mi exesposa que dio la espalda a un marido herido, inútil, decepcionante. Su ferocidad durante el divorcio. Nunca me lo habría imaginado de ella, y mi fe en el amor quedó destruida. Devano así mi historia para ti, la deserción,

el exilio, el bonito romance que el accidente aniquiló. Digo, adoptando una apariencia prudente e indiferente, que me libré por los pelos, que no me habría gustado envejecer junto a esa mujer falsa y vacía, que la máscara habría terminado por caérsele, pero demasiado tarde, cuando en la ecuación hubiera habido hijos, bienes y una vida cotidiana compartida. Te hablo de mi encrucijada: decenas de operaciones para recobrar lentamente el uso de mi cuerpo magullado. Me entrego como nunca. En ti reconozco probablemente a una hermana de sufrimiento.

De madrugada, ya acariciarás mis heridas una a una, recorrerás milímetro a milímetro los trayectos de mi dolor mientras que yo voy desmadejando, como quien, agotada toda la rabia, depone las armas, el hilo de mi vida hasta llegar a ti.

Más tarde, no me extrañará saber que tú también estás mutilada. Tus cicatrices son invisibles. Dejaste poco antes a un marido brutal y repleto de desprecio. Pensabas, como yo, haber puesto fin a la confianza y al abandono. Veías en cada hombre un verdugo. Para mí todas las mujeres llevaban en ellas la duplicidad. Eso es lo que unimos y vencimos a fuerza de atención y de compartición, lo que cedió ante la evidencia de nuestro entendimiento: una amargura sin embargo tenaz, la resignación. Juntos desde entonces, pudimos mirar sin temblar aquello de lo que huíamos, la violencia de una tierra, los seres decepcionantes. Juntos, al decidir unir nuestras esperanzas y nuestro ímpetu antes que nuestra repugnancia, construimos una paz nunca desmentida desde entonces. Y en esa paz, nació nuestro hijo.

Nuestro territorio feliz está a miles de kilómetros de ese otro, exigente y contradictorio, donde viven los nuestros. Pero nos hemos acercado considerablemente a él. Hace falta eso, a veces: alejarse para entender y perdonar, incluido a uno mismo.

ELIE, 2005

Había encontrado un frágil equilibrio. Me cuidaba, trataba de llevar una existencia sana, de elegir siempre que fuera posible la paz y la luz. Así podía relatar las sombras sin demasiada zozobra. Y el exilio escogido, aventuras sencillas y felices entre tramos más largos de una cómoda soltería, todo eso me sentaba bien, aunque extrañaba a mis hijas y me arruinaba con idas y vueltas para pasar, a la carrera, tiempo con ellas.

Todo el mundo me guardaba algo de rencor, mi exmujer por no estar siempre presente con nuestras hijas; Dov, por dejar que se ocupara él solo del cuidado de nuestra madre, que me reprochaba lo uno y lo otro, y Noam, por añadir mi alejamiento voluntario al que él sufría, al menos al principio. Le habría resultado cada vez más difícil explicar por qué no podía regresar aún, pero no tratábamos ese tema. Un acuerdo tácito nos empuja a respetar algunas zonas de silencio. Yo asumía todo eso. Sabía que ese era el precio de mi tranquilidad de espíritu. Falsa tranquilidad, a decir verdad, si me daba por pensar demasiado en la más pequeña de mis hijas, mi adorable Shana, tan creativa ella, tan luminosa, pero de una fragilidad de cristal. Le habían terminado diagnosticando Asperger o algo parecido y tuvimos que decidirnos, su madre exhausta y yo, desde mi retiro californiano, a ingresarla en un centro especializado, constituido en una especie de cooperativa agrícola (el kibutz nos atrapaba de nuevo). Desde entonces allí está, trabajando en el campo y rodeada de gatos y perros con los que se comunica más fácilmente que con los humanos (¿tenemos algo que ver en el asunto, mis sombras y yo?). Hasta tiene un novio, atento, brillante a su manera, enamorado de la poesía francesa y de los juegos de rol, de los que no entiendo nada. Cuando ella regresaba al final de la semana, yo no estaba allí para verla, y me daba miedo, por aquello de solo hablar con ella por teléfono de un continente al otro, perderla por completo.

Sin embargo, no me decidía a reconciliarme con el Estado aborrecido por la casi totalidad de la tierra, o amado de lejos sin discernimiento, por culpabilidad.

Y luego las torres cayeron, con las consecuencias que ya

conocemos. Puestos a vivir en un país corroído por el miedo al otro, un país en el que la amenaza tiene fuerza de ley, mejor volver a mi casa.

Hace ahora dos años que me marché de California. Vivo en Tel Aviv, en el piso de mis abuelos fallecidos. Apenas he cambiado su disposición. No quiero disuadir a sus fantasmas de visitarme. Respeto y conservo su gusto por el orden y cierta austeridad (contrariamente a lo que suelen hacer la mayoría de los viejos exiliados, sean de donde sean, no habían recargado su pequeño piso de tres habitaciones junto al parque). Solo añadí decenas de fotografías que pegué junto a las otras, en color, de sus nietos, o a las sepia, de antaño, en Polonia, que habían enmarcado y colgado en la pared. Coloqué por todos los rincones de la casa mi material, y retomé algunas de sus costumbres: el té muy caliente a cualquier hora del día, la lectura del periódico en la cafetería y los paseos diarios hasta el mar. No renuncié a las largas salidas en bicicleta. Acumulo. Soy de su tiempo y del mío. Bajo el envoltorio agitado, eléctrico, de Tel Aviv, incubo la memoria del Viejo Continente. Y sigo con mi trabajo de puesta al día.

Hace poco, por esa eterna irrupción de la ironía en nuestras vidas, me han encontrado una enfermedad degenerativa en los ojos. Otra maldad que recorre mi estirpe. Ya solo veo por un ojo, me duele y lagrimeo constantemente. Me asusta estar tan disminuido un día como para no poder seguir ejerciendo mi oficio. Pero logro vivir aquí con esta condición. No puedo dejar de dar testimonio.

De todos modos, he acumulado tanto, miles de horas, para contar el presente y el indisociable pasado, que si tuviera que llegar la oscuridad, aún tendría mucho de donde sacar.

DOV, 2006

Mis hijos son un milagro. No creí que fuera a tener. Mis padres no nos educaron. Fuimos cobayas más bien felices de un experimento único, imposible de imaginar hoy. Aquello se sostenía tanto por su idealismo como por su propia infancia tan maltratada, como por el hecho de que si hubiesen tenido que ocuparse solos de nosotros, no habrían sabido cómo no desesperarnos. El colectivismo era la excusa perfecta, nuestros viejos eran sobre todo unos ineptos. Sé bien que en otros lugares, en muchos sitios, algunos supervivientes, sin confiarse al grupo, sin hacer entrega a esta especie de cuerpo colectivo que más o menos se libraba de la neurosis, lograron aparentemente hacer lo que se esperaba de ellos: no volver loca a su progenie, al menos abiertamente. Perpetuarse, haciendo creer en la posibilidad de ser felices. A mí no me engañan. Lo cierto es que, en vez de unir sus fuerzas, de hacer frente común para jugar el juego de la estirpe, se echaron en brazos del consumo, acumularon bienes hasta no tener que mirar la realidad de frente y hasta que los horrores del pasado no se movieran de su sitio, enterrados, a punto de ser olvidados. El problema es que todo eso vuelve, el drama, el miedo, la amenaza. Un cáncer por aquí, una depresión por allá. Un buen día uno tiene ganas de tirarse por un puente o de hacer daño a alguien. Crecer en el kibutz nos permitió ganar tiempo. Nacimos casi exonerados. No se trata de olvidar ni por un segundo de qué tragedia éramos los vástagos, ni que nuestros progenitores no se desvivían por nosotros. Al menos, estábamos entrenados, no contábamos con que el mundo nos abriera los brazos. No me quejo, nuestra generación no se las ha arreglado tan mal. Pero no he tenido el manual de instrucciones de la educación. Y sé que me parezco mucho a mi padre. Me he llevado lo bueno y lo malo, humor, curiosidad y ataques de ira frente a la imbecilidad humana. Temía asustar a mi posible descendencia sin que esta tuviera, como yo tuve, soluciones de repliegue. Y después conocí a Mira. Es todo lo contrario que yo: dulce y cautivadora, segura de su intuición. Siempre encuentra la palabra apropiada y su mirada embellece. No tener hijos con esta mujer habría sido como declarar abiertamente ante el mundo que uno no tiene ganas de ser feliz. Era algo evidente y simple en este país donde nada lo es nunca, donde hasta los paisajes

están saturados de huellas, de símbolos y de relatos asfixiantes y disputados.

Creo que tampoco soy un padre tan malo al fin y al cabo. Les doy cuerda, eso lo he reciclado de mi propia infancia, y me gusta ver que mis hijos no se privan de oponerse, de razonar por sí mismos, aunque no siempre opten por lo correcto. Siempre estoy pendiente de ellos, pero a cierta distancia, la madre judía que hay en mí se preocupa en secreto. Sea uno hombre o mujer, también eso te atrapa y, en plena felicidad, muestra visiones de tragedia. Hay que luchar para que no lo perciban. Quiero que avancen sin temblar. La mayoría del tiempo son mi mayor fuente de alegría. Tengo la impresión de que saben mil veces más cosas que yo, lo entienden todo más rápido, son a la vez más superficiales y más aguerridos de lo que lo éramos nosotros. Espero el día en que nos anuncien que no quieren quedarse en un país partido en dos. Siempre que no sea la norma en todos sitios, que los muros no hayan crecido como la lepra cuando tengan edad de ir a otros lugares para ver si se vive mejor. Es lo que deseo, en el fondo, porque demostraría que, sin forzarlo, les he enseñado a abrir los ojos. ¡O que por fin logran inventar ese país que nos prometía la paz!

LÉNA, 2010

Cada vez que diviso el edificio que alberga el comedor abandonado y nuestros servicios administrativos, ese gran buque varado desde hace ya tantos años, ese buque donde antaño palpitaba el corazón emocionado de nuestro kibutz modélico, siento una tristeza infinita. Más que eso, un dolor. ¿Me habría marchado de Francia si hubiera podido adivinar en lo que iban a convertirse nuestros sueños? ¿Habría escogido educar a mis hijos aquí de haber sabido que, al contrario de lo que habíamos previsto, de la visión que nos había conducido a todos a optar por esta existencia cálida y poderosa, pero dura en muchísimos aspectos, el país que nos rodeaba no nos acompañaría, sino que iría incluso en sentido inverso a nuestros ideales de igualdad?

En la adversidad, no renunciamos a nuestros principios, ni hablar de forzar a nadie a continuar con el pretexto de que cada partida nos debilitaba. Por supuesto, la mayoría de nuestros jóvenes, una vez que se iban a ver el ancho mundo y su profusión, no volvían para recoger el testigo, al menos no al kibutz.

Sin contar a aquellos a los que se llevó la guerra, los perdimos uno a uno, vimos batallar a nuestros hijos, con valores opuestos a lo que habían conocido. Verlos desplegar, por reacción, un aumento de inventiva y triunfar, a menudo con brillantez, en su reinstalación apenas nos consolaba. Sabíamos lo que esa aparente victoria ocultaba de luchas internas, nunca totalmente ganadas. Lo veo con mis hijos. Su corazón sigue latiendo aquí, aunque lo nieguen. Cuando el consejo tomó la dolorosa decisión de privatizar el kibutz hace algunos años, o dicho de otro modo, renunciar a lo que nos había mantenido y unido, se sintieron abatidos. Lo que se condenaba a no ser más que un paréntesis en la historia, un error que corregir, no era nuestra identidad, sino la suya particular. Así que mejor colgarlas en la pared de un museo.

Yo no siento tanta amargura. Mi jubilación aquí es tranquila, me ayudan en todo y los distintos caos del mundo me llegan un poco atenuados. Jóvenes parejas con sus hijos, cansados de la ciudad, atraídos por el espacio y la tranquilidad, compran nuestras casas. Volvemos a oír risas y carreras por los caminos.

¿Quién sabe si en París o en otro lugar no habría acabado en un piso de dos habitaciones, esperando la vista de mis hijos avejentados y desbordados? ¿O en una casa fría, perdida en el campo, a la que solo vendrían a verme una o dos veces al año?

En Francia vivo por poderes. Me mantengo informada de los espectáculos y las exposiciones, veo las cadenas en francés. A menudo, soy yo quien se entera antes que mi hermana de lo que ocurre allí. Se burla amablemente de mí cuando hablamos por teléfono, una o dos veces por semana, pero sé que entiende que es mi forma de vivir aquella vida también, esa a la que renuncié por necesidad, tanto como por euforia. La necesidad se ha disipado y la euforia ha caído desde hace lustros, pero intento no arrepentirme de mis elecciones. No te habría conocido, Joachim, mi locura, mi ternura, mi árbol desarraigado, a ti, con quien sigo conversando. Durante noches enteras comentamos lo que sucede en este país y tu rabia sigue intacta. Pese a todo, te echo de menos.

Mi soledad es grande. Deja todo el terreno al recuerdo de mis numerosísimos desaparecidos. A eso me dedico ahora, a contar los muertos y a hurgar en mi memoria para construirles a cada uno una tumba. La tarea es inmensa. Espero tener tiempo.

MARIE, 2015

Puede que finalmente no estuviéramos hechos para tener un Estado propio. Eso es lo que me confiesa, en voz baja, como para sí misma, mi tía, sentada bajo la pérgola que hay delante de la casa, intacta desde mi última visita, treinta años antes. Esa reflexión, la decepción que revela, me deja helada, pero ¿qué responder? ¿Y quién soy yo para tener una opinión, yo que no he puesto los pies aquí desde hace tanto tiempo? Parece increíble, pero han pasado las décadas sin que yo les prestara atención, sin afrontar las contradicciones y el malestar que me mantenían alejada de este país, al que calificaba de complicado para obviar el tema.

¿Por qué hoy, después de tanto tiempo? Lo desconozco. Mis hijos, mi propia vida por construir, todo esto me mueve menos. Mis padres ya no tienen fuerza para afrontar el viaje y todas sus molestias, ya no correrán el riesgo, por un reflejo de perseguidos, de rozar el infarto pasando el control de seguridad. Y además, es que tienen su orgullo y se niegan a que los lleven en silla de ruedas, aunque eso les permitiera ir más rápido y les evitara el cansancio.

Si estoy junto a mi tía, las hermanas están un poco juntas. Contengo a Anna y le contaré todo lo que haya podido saber de Léna y del país en el que, a fin de cuentas, habríamos podido nacer.

Hablaré de lo que descubro y comprendo aquí, la energía, la vida dura y apresurada cuando la muerte persigue pasado, presente y futuro. Mi alivio por tener una familia «en el lado bueno»: el del espíritu crítico y el de la voluntad de paz. ¿Quién sabe cómo me las habría arreglado con los belicistas o los locos de Dios? Y no disimularé lo que se resiste a mi espíritu, forjado demasiado lejos de esta sociedad compleja, desgarrada y atractiva. Hablaré de la permanente ira de Dov el devastado frente a la evolución de un país al que ha sido tan fiel. Relataré su solicitud de pasaportes austriacos (Joachim aún se revuelve en la tumba) para él y los suyos, para sus hijos sobre todo, quienes deben poder escoger y disfrutar del mundo. Por si acaso, dice, y no sabemos a qué se refiere, si está pensando en la guerra, en la imposibilidad, finalmente, de un «nuestra casa», o si las transformaciones de esta sociedad que soñó le resultan simplemente

intolerables. Hablaré de su hijo mayor, enrolado por tres años en el ejército, en una unidad de combate, por elección, de la angustia de sus padres, pero también, en el fondo, de su orgullo. Y yo, tan desorientada como conmovida, escuchando a mi primo pequeño, todavía ingenuo, explicándome, con ocasión de un permiso, el mestizaje del ejército, lo que tiene de enriquecedor, contándome con fervor que después de haber visitado Auschwitz con su instituto, tomó conciencia de su misión, la de ellos, la de la joven generación, con respecto a los judíos del mundo entero. Al contrario que su padre y su tío, no ve en ello ninguna injusticia y de ahí saca incluso una fuerza tranquila. ¿Qué responder a ese muchacho dulce y convencido que se verá confrontado por «nosotros», ese nosotros escurridizo, tan vasto como asfixiante, a los peligros, a las amenazas, a la violencia, incluida la suya, que le pedirán que ejerza? Nada, probablemente, pero habré aprendido al menos a no juzgar.

Hablaré también de Elie, el testigo infatigable, el recolector de memoria, el que muestra un presente que no deja de inquietarlo. Habré escuchado durante días, en nuestros trayectos en coche por todo el país, o alrededor de un té caliente, de una ensalada generosa, de una copa o de todo lo que se comparte y ayuda a hablar, lo que sabe o cree saber de nuestra familia dispersa. Juntos habremos resuelto malentendidos, iluminado zonas confusas. No, no son nuestro plan b (no conscientemente, no con cinismo en todo caso. Porque ¿quién puede jurar que en última instancia, aun a regañadientes, no acabaríamos por ceder a la tentación de la endogamia?), y sí, los admiramos por su dura existencia, las contradicciones y lo que, pese a todo, han conseguido.

Me habré maravillado y disfrutado, con él, con Dov, con Noam también, a través de una pantalla, de la ternura que nos une. Nos prometeremos atesorarla, a pesar de la distancia, así como la connivencia que aquí constatamos.

Y te contaré, Anna, mi madre, que tu hermana y tú nunca estuvisteis separadas, que todos nosotros, finalmente, en nuestras balsas empujadas por la corriente, vivimos los choques, las desgracias y las bellezas de una única y misma vida, arraigada en la pérdida y que tiende hacia la calma.

Gracias a Juliette Joste, mi editora francesa, que se interesó por esta novela antes incluso de haber leído una línea; luego, supo acorralarme.

Gracias a Nadia y a Jean-Luc, que me ofrecieron un remanso de paz donde terminar el primer borrador.

Gracias a mis padres por el bautismo que es cada vez su lectura.

Gracias a los míos, los muy cercanos y los muy queridos, que se reconocerán. Sin ellos no haría nada.

ESTA EDICIÓN, PRIMERA, DE *DÓNDE VIVIR* SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EN MADRID EN LA IMPRENTA DE GRÁFICAS COFÁS, S.A.
EN FEBRERO DE 2019

www.armaeniaeditorial.com

NOTAS

1 Mahmud Darwish, en *Pasajeros entre palabras fugaces*.

2 Cf. *Chez eux*, Babel, 2012. Sin traducción ni edición en español [N. del T.] Así firma Anna las cartas para su hermana al final de la guerra, con un apodo creado a partir del nombre de los campesinos que la ocultaron durante casi dos años, en Chambon-sur-Lignon.

3 Mamá, en hebreo.

4 Papá, en hebreo.